



CeDInCI
El diablo en América

La Argentina de la época de Rosas y la del presente, son dos países tan diferentes como la Turquía y la Francia contemporáneas.

Velez Sarsfield, que vivió en la primera, nos la ha esbozado en dos pinceladas: «Un caudillo mayor trae á otros caudillos á su jurisdicción y los cuelga en las plazas públicas. Establece entónces un sistema de tal esclavitud en aquellos pueblos soberanos, que los mas altivos gobernadores sirven apenas para verdugos.... Se vivía entre pavores y cuando sonaba un cañonazo en Palermo, los hombres que recorrían las calles de esta ciudad se paraban temblando, como si fueran un peso inútil sobre la tierra».

La Sociedad Colonial estaba encarrilada en la obediencia habitual por el miedo crónico ó consuetudinario, á gobernantes de derecho divino, consagrados por el tiempo y la Iglesia, que cesaron de improvisó por la revolución, y fueron reemplazados por directores accidentales y de derecho popular inusitado. El nuevo poder, constituido sobre la inteligencia política indesenvuelta, no resultó

equivalente al antiguo y fracasó á poco andar, reapareciendo entonces la forma consuetudinaria sin el prestigio tradicional, que es naturalmente substituido por una mayor dosis de imposición; pues el usurpador está obligado á suplir la velocidad adquirida del hecho consentido, que es fuerza de una especie, y que falta siempre al hecho nuevo cuando no ha cambiado el ambiente, por fuerza complementaria equivalente de la otra especie, y que en nuestro caso fué designada con el nombre de «facultades extraordinarias», siendo así como el terror crónico, que era bastante para el hecho crónico, se transforma en el terror agudo que es necesario al hecho agudo.

Como el terror francés, el terror argentino salió de las circunstancias precedentes y continuantes en diferente forma, y medida. «No se suprime sino lo que se reemplaza», y cuando se reemplaza con otra cosa de la misma especie en diferente grado, «plus ça change, plus c'est la même chose».

Fuerza y miedo era el antiguo régimen; mas fuerza y mas miedo fué fatalmente y de ordinario el nuevo régimen en la primera mitad del siglo pasado. Un nuevo factor y de otra especie fué introducido en la segunda, y digo uno porque solo al influjo de este han sido posibles los demás, no siendo viables en pueblos ignorantes y retrógrados la inmigración europea, la prensa libre, los ferrocarriles, los telegrafos, etc. etc., y el mas interesante problema de sociología argentina podría ser planteado en estos términos: ¿por qué eramos todavía semi bárbaros en la primera mitad del siglo pasado, despues de 1500 años de cristianismo á la fuerza, y somos ya algo mas que semi civilizados con solo 50 años de instrucción obligatoria á medias?

Por supuesto, la civilización consiste en la economía de la vida y de los sufrimientos y en el acrecentamiento correlativo de las amenidades de la existencia, y aunque la teología no se propone civilizar á los hombres para este mundo, como la filosofía, la pedagogía, la política y la higiene, sino para el otro, le hubiesen resultado aún involuntariamente civilizados en este, á no llevar en sí misma el impedimento ó los resortes inmorales, en una trastienda de monstruosidades ancestrales bastantes para neutralizar, y hasta superar en ocasiones á todos sus elementos y sus factores de cultura, aún en sus mas altos representantes, á tal punto que, sin la intervención de la filosofía griega y de la ciencia positiva, la pura civili-

zación cristiana se habría mantenido semi bárbara y absolutista, como la islámica.

Segun las teorías modernas, que la experiencia diaria confirma, el individuo reproduce en compendio la evolución de la especie, de modo que, aún en las naciones civilizadas, todos empezamos la existencia en el estado mental del salvaje adulto, á la vez injusto y vengativo, que siente necesidades, apetitos, deseos y temores, y no conoce deberes ni responsabilidades, siéndonos naturalmente mas fácil y accesible lo que tenga este carácter que lo que tenga el opuesto, y toda vez que la ira, el odio, el terror, el alcohol ó las lesiones cerebrales, nos despojan accidental ó permanentemente de la cultura adquirida y superpuesta, con tanta mayor facilidad cuánto mas débil ó mas reciente sea, quedamos en la pura barbarie inicial, y se hace entonces patente el salvaje que está siempre latente en el hombre civilizado.

Consiguientemente, lo que toda religión tiene de primitivo es lo que el niño puede entender y asimilarse inmediatamente, porque es lo concordante con su intelecto incipiente ó primitivo, y en ello se quedará cuando este no sea levantado por otros factores á mayores aptitudes. Y vice-versa, lo que una religión tenga de elevado y propio del mas alto desenvolvimiento del espíritu, no podrá comprenderlo y le pasará por elevación al niño y al pobre de espíritu, como aconteció en el experimento de los jesuitas, que elaboraron autómatas cristianos en las Misiones.

«Los chinos agasajan de preferencia á los dioses del mal, dice Beauvoir. Su maxima es: no cuidarse de la divinidad buena, puesto que es buena, pero propiciarse la mala que puede dañar». Se comprende bien que los dioses de los pueblos salvajes sean siempre malos, si se piensa que solo en ese carácter son inteligibles ó respetables para el niño los de los pueblos civilizados. «Tata Dios», que no tiene juguetes ni caramelos, y que se enoja con los niños malos ó desobedientes, y los castiga, no se diferencia del cuco sinó en que este hace siempre el mal, sin necesidad de enojarse previamente, porque es malo de profesión. También, si Dios no se enojase y no castigase, el niño no le haría pisca de caso. Y si no acostumbrase mandar cataclismos, terremotos, pestes, epidemias, etc. etc., para los remisos, tampoco darían mucho dinero para iglesias los creyentes adultos.

«Presentad al salvaje, dice Lecky, la concepción de

un ser invisible, para ser adorado sin la ayuda de ninguna representación material, y será inhábil para enterderla. No tendrá fuerza ó realidad palpable para su mente, y por lo tanto no podrá ejercer influencia sobre su vida. La idolatría es la religión comun de los salvages, simplemente porque es la única que sus condiciones intelectuales pueden admitir, y, en una forma ó en otra, continuará hasta que esas condiciones hayan sido cambiadas». Cuando lo sean, la mente del semi salvage será un almacigo de seres invisibles, que mas tarde llegaran á ser incomprensibles para el ex-savage, y es así como el progreso de las luces ha hecho increíble la brujería, y el texto sagrado: «No permitirás que una bruja viva», ha quedado recitable, pero impracticable.

Impidiendo ó prohibiendo la cultura intelectual y la tolerancia, que es la cultura moral, las iglesias cristianas que llevaban en si el cielo y el infierno, la civilización y la barbarie, suprimieron las posibilidades mentales para las partes superiores de sus propias doctrinas, y estas quedaron incomprensibles, en letra muerta, mientras eran letra viva las partes inferiores durante los diez siglos de la era precientífica, en los que, la civilización cristiana con infierno y diablos, brujas, duendes, hechiceros y magos, incubos, sucubos, silfos, gnomos, etc. etc., con servidumbre, esclavitud y torturas, no se distinguía de la judía ó la musulmana sino por su mayor ferocidad.

La música misma, la entiende ó la desentiende cada uno en proporción á la afinación ó á la desafinación de su oído, y cae de su peso que nadie puede comprender y sentir sino lo que esté á su alcance intelectual y moral, y los fundadores de religiones no han sido espíritus comunes sino excepcionalmente superiores, y por ende casi siempre incomprensidos por sus coetáneos, hasta perseguirlos y matarlos.

Una tendencia natural nos lleva á pensar y sentir que todo lo que sea excelente debe ser creído, propagado y difundido, pero creer ni es entender ni sentir: todo puede ser creído desde lo absurdo hasta lo incomprensible, por eso hay tantas religiones en el espíritu humano como vientos en la atmósfera; pero no todo puede ser entendido y sentido por todos. Una idea grande no puede caber en un espíritu estrecho ni un sentimiento generoso arraigar en un alma mezquina. Por esto, la credulidad no puede suplir á la intelectualidad. El creyente de una religión puede creerla toda entera, pero solo podrá entender la

parte correspondiente á sus entendederas, y solo esta entrará á ser componente substancial de su espíritu, y se traducirá en sus acciones, quedando lo demás en calidad de simple inquilino verbal, en palabras recitables, pero irrealizables.

Si bastase crear una doctrina superior para adquirir una capacidad intelectual y moral superior, no habría explicación posible para los 1.800 años de barbarie cristiana que han corrido paralelamente al sermón de la Montaña.

«Detrás de la cruz está el infierno, y el cristianismo eclesiástico, nacido en tiempos bárbaros, con suplicios eternos y dichas perpétuas y que por esto es diabólico y divino á la vez, mitad bárbaro, mitad sublime, es directamente asimilable hasta por los salvajes en lo que tiene de salvaje, y en lo que tiene de sublime solo por los espíritus elevados, ó por los temperamentos excepcionalmente buenos, que aparecen aún entre los completamente bárbaros.

Y se explica así que todo enardecimiento religioso haya sido acompañado siempre de un recrudecimiento correlativo de barbarie, lo mismo en le Escosia de Knox que en la Suiza de Calvino ó de la España de Torquemada.

El desarrollo del espíritu humano en sus diversas faces, durante la civilización greco romana, podría ser figurado por un zig-zag ascendente, que termina hácia el fin del imperio, eclipsándose hasta desaparecer por completo bajo una forma de moralismo que entendía prescindir de todas las formas de actividad mental que habían prosperado bajo el paganismo, y dando así lugar al reflorescimiento colateral de las supersticiones primitivas, relegadas por aquellas al segundo plan, pero no extinguidas.

En lo que ocurriría hoy mismo si fuesen clausuradas las escuelas y destruidos los libros, suprimida la prensa y proscritas las formas modernas del pensamiento: las formas anteriores siempre subyacentes, tomarían el lugar vacante, ascendiendo al primer plan; los taumaturgos, las reliquias y las imágenes milagrosas desalojarían otra vez á los médicos, los teólogos á los letrados, el látigo á los métodos pedagógicos, y la letra, de nuevo convertida en vehículo de absurdos sagrados, volvería á entrar con sangre por las partes traseras del discípulo recalcitrante.

Descartado el desinterés por la seguridad ó la esperanza de una recompensa á la virtud, la salvación del mal y de la muerte por medio de ceremonias, ritos y palabras mágicas, el mayor de los prodigios, no era

viable entonces, como no lo es hoy, en los espíritus instruidos ó adiestrados al razonamiento, y era más viable entonces que hoy en los espíritus ingenuos, aclimatados á la causalidad misteriosa corriente, y repudiada por aquellos fué aceptada por éstos, conjuntamente con la vegetación de supersticiones asiáticas, africanas y europeas, que en olla podrida circulaban en los bajos fondos del imperio romano, y que fueron también, admitidas en parte y repudiadas en el resto, del mismo modo que tenemos hoy supersticiones subvencionadas, supersticiones toleradas y supersticiones proscribas por el estado.

Ni hubiese sido tampoco viable en tal ambiente, sin asimilarse alguna parte del mismo que sirviera de puente entre lo viejo y lo nuevo, y fué así como una gran parte de las divinidades perversas de la antigüedad, á las que se había transferido el terror de los salvajes á lo desconocido, haciendo la carrera de las ostras, que empezaron por ser humilde plato de los desheredados para terminar en preciado manjar de los pudientes, han llegado á ser las columnas maestras en que descansa el poder de la Iglesia, de las clases privilegiadas y de las familias reinantes.

Erigida la pobreza de espíritu en virtud cristiana, por ser la condición más favorable á la admisión y á la conservación de la más maravillosa concepción humana, el descenso del espíritu crítico así descalificado, fué la consecuencia inmediata, pero no fué suficiente en el comienzo. La credulidad natural basta para aceptar á fardo cerrado las creencias de nuestros mayores, cuando no se tiene ningunas, y es el mayor obstáculo para abandonarlas cuando se las tiene. La nueva verdad religiosa, pues, tuvo que entrar en el lugar de aquellas por la ancha puerta de las supersticiones poniendo allí de guardia á la teología, para impedir el acceso á los nuevos arribantes de la misma ó de otra estirpe, y fué precisamente el portero el que lo echó todo á perder.

El criterio de la verdad sobrenatural, era entonces como hoy el hecho sobrenatural: el milagro, esto es, el absurdo cumplido, en teología, como en teosofía, en espiritismo, curanderismo ó «christian science». El milagro cristiano se realizaba contra el diablo y los dioses paganos que se suponía ser sus representantes; luego, la primera cosa ratificada por el milagro era la preexistencia del diablo, pues sin esto aquello carecía de razón de ser. Los milagros buenos implicaban los milagros malos, como

la eficacia de un remedio confirma la existencia de la enfermedad correspondiente, y el diablo cristiano, que era la personificación resumen de todas las potencias maléficas, de todos los dioses bárbaros del pasado bárbaro de la humanidad, acoplado desde el primer momento al sermón de la montaña, pudo causar más de diez siglos de barbarie efectiva, paralelamente á la más elevada moral teórica, y á renglón seguido de la más alta civilización de la antigüedad clásica.

En efecto, en el siglo VII que señala el «Nadir» del espíritu humano, empieza la preponderancia de las formas ancestrales resurgentes en pos de la desaparición del filosofismo, y la tenebrosa onda de infernalismo barbarizante que arranca de esa sima espiritual, oscurece á la Edad Media, destruyendo vidas y bienes, y retrasando por siglos el desenvolvimiento de la ciencia positiva y de los sentimientos humanitarios, porque constituye la base económica del poder de la gerarquía eclesiástica, que es en lo que está el secreto de sus exageraciones periódicas y de su duración. Hasta bien adelante del siglo XVIII, las mujeres sucumbieron en la horca ó en la hoguera, á decenas de millares en el solo renglón de la brujería, como los hombres por el de la heresia, inhumanidades provenientes del desequilibrio del espíritu por los terrores religiosos, y que no cesaron por agencias cristianas son por factores civilizantes ajenos al cristianismo y por éste combatidos y retardados.

La lucha por la vida suscita en cada especie las calidades correspondientes á sus condiciones particulares, reales ó imaginarias, y siendo por lo menos muy dudoso que haya valido para apartar del mal á los hombres, ya que estos han sido peores en las épocas en que ha imperado con más fuerza, y lo son todavía en las regiones y en las capas sociales en que está más difundida, la condición de asustado del infierno y perseguido por los demonios, comporta modos específicos de pensar, sentir y de obrar, variables según su intensidad y el temperamento personal, desde la limosna á los pobres hasta la construcción de templos, desde la simple devoción preservativa hasta el misticismo y el delirio perseguidor, en que se transforma de suyo el delirio exacerbado de las persecuciones.

En la primera forma, «el santo terror del infierno» cubrió de iglesias, conventos y ermitas el Asia Menor, el Egipto y la Europa, y en la segunda originó las cru-

zadas y las órdenes de caballería religiosa, engendró la Inquisición y los Jesuitas, y suscitó las guerras inter-cristianas, en las que, los perseguidos por los mismos demonios, se perseguían á matarse por su fe en diferentes formas de los mismos preservativos, y que marcan el momento en que la imbecilidad religiosa llega al climax en el cristianismo, porque esto se ha reducido al mínimo y el diabolismo ha llegado al máximo.

«Qué malos somos cuando tenemos miedo!», dice Anatole France, y en efecto, los mismos animales domésticos, asustados, pierden ipso facto su mansedumbre, y se tornan aún más peligrosos que en el estado salvaje, y el peligro, asustando á los tímidos, los vuelve peligrosos, haciendo desalmados y feroces á los humildes, y cuando los hombres más galantes y aristocráticos están enfurecidos por el miedo son también un gravísimo peligro recíproco, aún para las mujeres, como ocurrió en el Bazar de Charité, de la calle Jean Goujon, en París. Los peligros teológicos engendraron el pánico religioso, y la facilidad para asustarse y la inclinación á asustar, explotados en el terreno político produjeron, por el peligro político, el terror político, en círculo vicioso, y así se produjo en las sociedades cristianas la reversión á los métodos de las sociedades salvajes.

Las grandes catástrofes por disparadas locas en los teatros, en las iglesias, en los naufragios, son casos de ferocidad repentina y fulminante originada por el terror pánico de que proviene también, seguramente, la mayor parte de los homicidios. Los jefes de la «Mazhorca», que hacían temblar á los vecinos de Buenos Aires, eran tímidos que de miedo á ser degollados se hicieron degolladores. En el Uruguay, cuando las guerras jordanistas, un vasco ladrillero, que en su vida había degollado un cordero, obsesionado por los frecuentes degüellos, se ofreció para degollador oficioso, y en el primer candidato que le dieron, desnudo y atado de pies y manos en el suelo, chamboneó de tal manera que la víctima, en sus retorciones rompió las cuerdas que le sugetaban los pies, se incorporó chorreando sangre, degollado á medias, y acometiendo á punta piés al aprendiz de verdugo, lo increpaba: «Si no sabes degollar á qué te metes, vasco de tal por cual!» Este, á su vez, respondía á puñaladas que entraban en el vientre del prisionero como en un queso, hasta que el espectáculo colmó la medida, y un veterano salió de las filas de las tropas formadas

en cuadro, para su edificación y le puso término.

Si el primer hombre fué un salvaje, seguramente el primer dios concebido por la mente humana fué un demonio ó cosa así, y en efecto, la historia y la etnografía comprueban que, cuánto más salvajes son ó han sido las agrupaciones humanas, tanto más bárbaros, es decir, tanto más diabólicos son ó han sido sus dioses. Y también la recíproca: el ascendiente de las concepciones salvajes en el espíritu de los civilizados los pone salvajes. Todas las retrogradaciones accidentales ó permanentes de la civilización han salido precisamente de la recíproca, porque el hombre tira por atavismo á las supersticiones bárbaras y se hace bárbaro, como la cabra tira al monte y se vuelve montaráz.

La tendencia antiliberal, tan característicamente diabólica de los políticos turcos, rusos, españoles é hispano-americanos, á escarmentar siempre al pueblo con un exceso de represión, para quitarle hasta la tentación de reincidir en sus reivindicaciones, es la manifestación ulterior, por arriba, del espíritu diabólico adquirido en la escuela religiosa, y que aparece también, por debajo, en la ferocidad de las insurrecciones populares, porque la barbarie no es monopolizable. Tal fué el origen, y tal el carácter de nuestras tiranías y de nuestras insurrecciones implacables, á matar ó morir en la contienda.

Se ha dicho que «la mente del hombre se impregna de los materiales con que trabaja como las manos del tintorero con los colores que manipula». Y en efecto, los verdaderos endemoniados no fueron los sacrificados por tales, sino los sacrificadores; no las hísticas y los excépticos que perecieron en las llamas, inculpadlos de posesión ó de sugestión diabólica, sino sus jueces, los investigadores de la eternidad macabra, los eruditos en suplicios eternos, los tétricos doctores en demonología, compenetrados por el ambiente de horrores en que residía su espíritu, que anticiparon el infierno en la tierra con la tortura y la hoguera, la delación y la traición, porque el hábito embota la sensibilidad, y el eterno pensar y representarse los suplicios sobrenaturales, los había insensibilizado para los dolores propios ó ajenos, porque el ambiente es el alfarero de las acciones humanas, pues, como ser vivo, el individuo es un producto de la naturaleza, y como ser mortal es un producto del medio social.

Hasta qué punto podían trastornar la inteligencia del adulto los terrores teológicos, implantados en el espíritu del niño, lo sabemos por la historia de las guerras de religión, y hasta qué punto podían aplastar literalmente á los espíritus débiles lo sabemos también por las estadísticas de los manicomios, y por el augusto caso de aquel pobre Carlos II el Hechizado, que, de miedo al diablo, dormía cubierto de reliquias, rodeado con agua bendita y con un fraile á cada lado de su cama.

Educada en un convento de monjas, y no disponiendo de recursos para costearse frailes con olor á santidad, que velasen su sueño intranquilizado por el terror crónico, y atribuyendo á tragines de ánimas ó duendes el galopar nocturno de los ratones en una casa vieja y contigua á un almacén, de la calle Callao, en que residía, una dama de mi relación, aún manteniendo encendido el pico de gas, obligaba á la cocinera á dormir en su propia habitación, y finalmente en su propia cama, tanto era el empobrecimiento de su espíritu por la credulidad natural complicada con cuentos de aparecidos. Y eso que pertenece á una generación que no ha tenido la desdicha de presenciar exorcismos, esas ceremonias públicas, tan profundamente endemoniantes, en las que el sacerdote, revestido con todos sus adminículos mágicos, expulsaba á los demonios del cuerpo de los poseídos, como quien espanta loros de un maizal.

Probablemente el último caso de esta especie ha sido el de Carmen Marín «la endemoniada ó espirituada», en el que intervinieron el arzobispo, sacerdotes y monjas, que conmovió profundamente á la sociedad de Santiago de Chile, en el segundo semestre de 1857, y que se encuentra documentado con informes de médicos y de presbíteros, en la «Revista Médica de Santiago», de Octubre de ese año.

Bajo las patas del caballo de un ángel, que lo atravesaba con su lanza, en el centro de la iglesia de Villa del Pilar, en el Paraguay, he visto á un diablo en forma de lagarto, con alas de murciélago sembradas de púas, enormes ojazos de buho y garras con uñas de buitres, y ha pensado con pena en las pesadillas diurnas y en las noches de insomnio que la vista de semejante monstruo sobrenatural debe producir á los desventurados niños del pueblo.

Se comprende entonces que Francia, el discípulo de los jesuitas de Córdoba, y los López, discípulos de Francia,

pudieran esgrimir con tan completa eficacia el terror político sobre una población moralmente deprimida por el terror religioso, y se toca en la raíz misma de la profunda diferencia entre la política de la América del Sur, en la que las matanzas y las proscripciones fueron el principal instrumento de gobierno, y la política de la América del Norte donde jamás se le ocurrió á ningún caudillo acudir á la intimidación de sus conciudadanos para triunfar sobre ellos, ó labrarse prestigio entre ellos, porque 200 años antes había sido atenuada por el bill de tolerancia la dieta de horrores infernales con que las iglesias cristianas alimentaban á los predestinados para el cielo.

Cuando la capacidad mental de la masa de la población fué ensanchada con la cultura científica, los descendientes de aquellos mismos cristianos bárbaros de antaño han podido retener menos diabolismo y más sermón de la montaña en su compleción intelectual ensanchada, con lo que ha cesado la de guillotina crónica. La misma circunstancia interviniente había hecho cesar en su diabólica operación á los puritanos quemadores de brujas de la Nueva Inglaterra, y es á su ausencia que se debe la continuación de las matanzas de judíos en Rusia y de cristianos en Turquía.

Fué Sarmiento, en nuestro país, el que contribuyó más eficazmente á barrer del espíritu argentino, con la difusión de las luces por la educación común, esa lamentable basura moral, que es el gobierno de los niños por el miedo al cuco y de los adultos por el miedo al diablo. Y desvanecidos por el liberalismo creciente, los terrores religiosos medioevales, ha venido cesando correlativamente el terrorismo político, y el diablo cristiano solo conserva en las familias aristocráticas, por los colegios de frailes y de monjas, y en las remotas campañas, por la crasa ignorancia, el inmenso prestigio y el vasto rol que le crearon los visionarios de la Edad Media.

Pues lo que el cristianismo tiene de salvaje, de insuperablemente bárbaro, lo que ha hecho algunas veces á los hombres más crueles y más edgraciados que los mismos animales salvajes es la concepción del infierno con los tormentos eternos, del diablo con las brujas, los duendes, los fantasmas, etc., etc. Los espantosos refinamientos de la crueldad cristiana provinieron de esa escuela o ambiente espiritual de iniquidades y ho-

rrores sobrenaturales, pendientes sobre la existencia del creyente como la espada de Dionisio sobre la cabeza de Damócles.

Porque las cosas, los hechos y las ideas no nos chocan ó escandalizan en la medida en que sean monstruosas, sinó en la proporción en que salgan de lo ordinario, y dejan de chocarnos cuando ó donde son ó se vuelven ordinarios, como ocurre con la idea del pecado original y del juicio final, con el Diablo, el purgatorio y el infierno, cómo ocurría con la incineración de las viudas en la India, antes de la dominación inglesa, como ocurre con el eunuquismo en los países musulmanes, con las mafias y las camorras en el sur de Italia, con las corridas de toros en España y con los linchamientos en Norte América.

La influencia del ambiente interior es análoga á la del ambiente exterior, y las monstruosidades imaginarias producen los mismos efectos que las reales, aunque en menor escala, y variando también con el temperamento y la educación del sujeto que se las representa, las vé, las sabe ó las oye referir.

Cuando la locura divina llegó á ser el estado normal de las sociedades europeas, la sabiduría y la sensatez humanas parecían monstruosidades chocantes, y los sábios cuerdos fueron encarcelados, ahorcados ó incinerados por los sábios divinos. Cuando se sabía, con la más completa certidumbre, que los muertos estaban asándose por disposición de Dios en el purgatorio y el infierno y que este hecho imaginario alcanzó en el espíritu de las gentes, por las predicaciones de los ministros del Señor, la vividez de un hecho actual, patente y visible, atravesar la lengua á los blasfemos con un fierro calentado al rojo, torturar á los acusados de delitos religiosos y quemar vivos á los condenados, fueron hechos tan regulares, como lo es hoy el de sentenciar á las personas á trabajos forzados á á presio permanente, ó el de matarlas en duelo para el hombre culto ó sin duelo para el inculto, ó el de quemar negros en Norte América, donde todos se caerían de espaldas el día en que un blanco fuera quemado vivo, siendo, probablemente, la idea de la combustión futura de los foragidos blancos lo que quita importancia en el espíritu del pueblo á la combustión inmediata de los foragidos negros, en simple anticipación de la justicia divina, por la doble odiosidad del crimen y del color del criminal.

«Que solamente lo que tenemos adentro podemos verlo afuera», dice Emerson, y cuando estamos llenos de rencor, de iniquidad ó de imbecilidad, en todos partes los encontramos, y cuando estamos llenos de diablos y fantasmas, los vemos y los sentimos en todas partes porque á todas partes los llevamos. Y lo que se ha hecho siempre con los niños, á título de «educarlos en las creencias de sus mayores», ha sido llenarles la cabeza de brujas, duendes y demonios, y el resultado es que todo creyente está embrujado, endemoniado ó «engualichado» por los demonios, las brujas ó los «gualichos» en que cree, y predispuesto á creer en las demás zonceras de la misma especie, como la jetatura y el trece, verbigracia.

La teoría de los poderes divinos y de los poderes diabólicos para la explicación metafísica del bien y del mal, ha sido de una fecundidad prodigiosa para extraviar y trastornar la inteligencia humana, y la fragmentación de los efectos, implicando la fragmentación ó gradación de las causas, sugirió la subdivisión y ubicación de estas en las personas, en las cosas, en las palabras, en los números, que vinieron á ser así, milagrosamente buenas ó milagrosamente malas en diferente medida, escalonándose las primeras en los ángeles, los santos, las vírgenes, las reliquias, las plegarias, hasta la simple agua bendita, y las segundas en los diablos, las brujas, los duendes, los hechiceros, hasta la inocente lechruza.

Ambos poderes fueron más completamente materializados todavía, de manera que hubo el olor de santidad y el olor á diablo, sanbenito que les cayó en lote al azufre y al ozono, resultante de la condensación del oxígeno del aire por el rayo. Naturalmente contra las partículas de poder diabólico en los sortilegios, daños, encantamientos y maleficios, bastaban las partículas de poder divino contenidas en las bendiciones, el bautismo, las reliquias y escapularios, ó el puño en cruz, como basta el puño en cuernos contra la jetatura ó el 14 contra el trece.

De la misma naturaleza, origen, materiales, formas y estructura inmoral de los dioses monstruosamente horribles y bárbaros de los pueblos salvajes, aterrador, seductor, astuto, traidor, hipócrita, dañino de oficio, perverso de profesión, deleitándose en el mal de los niños y de los adultos, obligados por las creencias de sus mayores á vivir en peligro perpetuo y en guardia permanente contra sus incansables asechanzas, especialmente enca-

minadas á malear á los buenos, para hacerlos caer, por la condenación divina, en su rebaño de condenados perpetuos, habiendo él mismo llegado á la impunidad absoluta de sus maldades ulteriores por haber incurrido desde la primera en el máximo de castigo, el ubícuo diablo cristiano es el sub Dios de la iniquidad, el summum del salvajismo sobrenatural.

Eterno é indestructible por construcción imaginaria, los ritos y las ceremonias mágicas no son más que una organización defensiva permanente contra sus poderes mágicos inextinguibles, y los santos y los ángeles son una especie de gendarmería espiritual también, eficaz para herirlo y alejarlo pero impotente para matarlo, porque está muerto. Consideramos que la impunidad de los malvados es desmoralizadora, pero no existe perversidad más grande y más impune que la de Satanás y sus legiones, y si nuestros caudillos bárbaros han sido feroces, es porque el infierno y no el cielo era el más fuerte componente de su espíritu.

En ambiente de patrones apenas alfabetos, y de sirvientes y trabajadores totalmente analfabetos en que transcurría nuestra infancia, todos temían y nadie había visto nunca á Dios, pero todos habían visto, oído, olido ó sentido al diablo, rondándoles el alma ó pisándoles los talones, en mil circunstancias nocturnas ó aún diurnas. Demasiado elevado, complicado é inabordable el primero sólo ha descendido de las alturas y se ha dejado ver en muy contadas ocasiones, por los profetas elegidos al efecto, y allá en tiempos muy remotos, mientras el segundo, eminentemente democrático, anda suelto y sin aparato en la tierra, y se deja ver por todo el mundo en figura de hombre ó de animal, sin ceremonias previas en estado de gracia ó de desgracia, sembrando gratuitamente el miedo y el terror que deprimen la vida apocando el espíritu, hacen el caldo gordo para los atrevidos y producen larga cosecha de beneficios de toda especie para los proveedores de preservativos, porque «no hay mal que por bien no venga», como dice el refrán, y que no sea á la vez, sincera y ardientemente propagado y cultivado por los beneficiados, especialmente cuando ellos mismos están personalmente inmunizados á su respecto, porque las ideas más puras y los intereses más sórdidos suelen anudar en las profundidades del espíritu, vinculaciones secretas que pasan totalmente inadvertidas á la conciencia más sinceramente honrada.

En el tiempo y en el medio en que yo era niño y crédulo, la condición espiritual del niño cristiano era la del unitario en tiempo de Rosas, según la descripción de Velez Sarfield. «Se vivía entre pavores» porque la parte inteligible y corriente de la religión versaba sobre demonios perversos é incastigables, sobre suplicios infernales eternos, sobre mártires y santos y buenas gentes que se habían cocinado previamente en el purgatorio para acabar de ganar la bienaventuranza con las abstinencias y los sufrimientos de su vida miserable.

Todo el folk lore, es decir, todo el material intelectual y moral circulante, versaba sobre basiliscos, salamandras, salamancas, aquelarres, hechiceros y doncellas encantadas, sobre el mandinga, la pericana, las brujas, los duendes, los fantasmas, que pueblan de visiones el espacio para los crédulos, y les hacen angustiosa la simple ausencia de la luz en la oscuridad de la noche.

Las mujeres de la casa que se agrupaban compungidas por la noche á rezar en alta voz, hacían la impresión de los sitiados que se preparan afanosamente á rechazar un ataque nocturno del enemigo. La portación del viático á un moribundo, desfilando de día con cirios ó faroles encendidos, repicando campanillas por el centro de la calle, y las gentes azoradas que se hincaban á rezar á la vista ó al ruido de la eternidad que pasaba en procesión fúnebre, encabezada por el cura, y el resto en la capilla mortuoria del hogar angustiado, hacían la impresión macabra de las ejecuciones capitales en la plaza pública, también con sacerdotes, con reo en capilla, y marchas fúnebres, y espectadores conmovidos.

Las personas de edad solían ser repertorios vivos de procedimientos ridículos para prevenir y para remediar males y peligros reales é imaginarios. El que bostezaba, se santiguaba sobre la boca abierta de par en par, á fin de impedir que Satanás se le entrase por ella aprovechando la conyuntura, y á la persona resfriada que estornudaba, se le decía con el mismo objeto «Jesús lo ayude». Un notario, que era especialista en escrituras falsas para despojar á viudas, huérfanos y tilingos, y abandonado de todas las cofradías, que hacía punta en las procesiones, y andaba permanentemente acorazado con escapularios benditos, llevaba sus precauciones contra el diablo, en la mesa, hasta trazar una cruz preventiva sobre cada bocado que se llevaba al buche, y al finalizar sus picardías, defraudando al diablo y al infierno, se fué

«derechito al cielo», arrepentido y contrito y «confortado con los auxilios de la santa religión», como rezaban los avisos fúnebres.

Pues, en efecto, la manera clásica de ser diablo contra el diablo consiste en ponerse bien con Dios, acogerse á la Iglesia, afiliarse á las cofradías, encomendarse á los santos, y proveerse de reliquias y de indulgencias por mayor para hacer diabluras á mansalva y morir «quand même» en olor de santidad.

En la vida de aldea el diablo con todos sus derivados eran entidades domésticas omnipresentes y proteiformes, esencialmente malevolentes y obsesionantes. Era un invernáculo de supersticiones, á cargo y beneficio de un sembrador y cultivador oficial de los terrores ancestrales que marchitan la alegría de vivir en el niño y el buen humor en el adulto, para salvarles el alma.

Particularmente de noche, todos los incidentes insólitos eran atribuidos á las potencias diabólicas. Una combinación de luz y sombra á que la imaginación presta sus formas preconcebidas, un gato negro, un perro desconocido que se presenta de improviso en procura de restos de comida, un buho en excursión alimenticia, el espanto de un caballo, las luces y los ruidos sin causa conocida, todo era imputado á la peligrosa presencia del cazador furtivo de almas desprevenidas, y comprador generoso de almas en apuros, listo á concurrir donde lo llamasen ó lo nombrasen, y cerrar trato sin regatear precio, asustando en sus momentos de buen humor á las buenas gentes, disfrazado de «viuda», como hace pocos años en el Rosario, ó de «chancho», como en los suburbios de Buenos Aires, donde dió origen á la conocida milonga: «Corre que te corre el chancho», etc.

Como los perdedores á la ruleta en Mar del Plata que atribuían su mala suerte á los «patos» ó mirones de atrás, si la leche ó la crema se cortaban, era porque habían sido miradas por una persona de mal ojo; si un árbol se sechaba, era porque había sido tocado por una persona de mala sangre; capturar víboras ó arañas vivas era cosa de brujería, etc., etc., por la tendencia consuetudinaria á explicar las cosas comunes por causas maravillosas.

Del mismo modo que los chinos encienden por la noche una luz en la puerta de su casa, para ahuyentar á los malos espíritus, las casas tenían en la reja de la ventana ó en la puerta de calle un manojo de ramas

de olivo ó de palmas benditas para espantar á los demonios. y todos los sitios donde un hombre había sido asesinado, sin darle tiempo de arrepentirse de su vida para salvar su alma, tenían un nicho, en el que encendían velas por la noche los miedosos de las ánimas en pena.

El miedo á la soledad y á la oscuridad, que no existen en el niño educado laicamente, y que afligen á los niños educados «cristianamente», deprimen también á los adultos ignorantes y supersticiosos, con las mas lamentables consecuencias, como, verbigracia, este caso que me fué referido por mi primo Roberto Suarez. En la estancia «El Cepillo», al pie de la cordillera, en una noche oscura y tormentosa de invierno, se sintieron gritos de niño. De catorce peones presentes en la casa, ni uno solo, ni todos juntos, se animaron á acompañarlo á ir en su auxilio, pretextando que debía ser el mismo demonio quien lloraba para atraerlos á una celada, y acabaron por contagiarle sus terrores á él, que era apenas un adolescente y que había sido educado cristianamente en el colegio de los jesuitas de esta capital. Y al día siguiente encontraron en efecto, á un pobre niño extraviado, acurrucado en el hueco de un árbol viejo, y muerto de frío.

Nosotros, que habíamos visto, oído ú observado muchas particularidades que se nos dijeron ser rastros ó manifestaciones del fatídico personaje, acabamos, al fin, por encontrarnos con él en persona y de manos á boca.

Fué en el departamento de San Vicente, hoy Belgrano, en la provincia de Mendoza. Un muchacho de la vecindad, que era mandado todas las tardes á segar pasto en una viña, teniendo que volver, ya entrada la noche, por una callejuela solitaria, con su fardo á cuestas, nos pedía que lo acompañásemos para achicarse el miedo con nuestra presencia, lo que sólo podíamos hacer nosotros clandestinamente, regresando por el interior de la finca que se extendía hasta la precitada callejuela, y penetraron por la pared divisoria con una huerta vecina.

Una noche muy oscura, mi hermano, que iba adelante por el lomo de la pared, se detiene y volviendo la cabeza, me dice en voz baja: «Volvámonos, que ahí está el diablo». ¿Dónde? le digo yo, levantando la cabeza por encima de sus espaldas, para mirar hacia adelante, y apenas le hube divisado, de poncho y chambergo, con una mano á la espalda, en actitud de sacar el cuchillo de la cintura y echando chispas por la boca, la nerviosidad consecu-

tiva nos hizo resbalar á los dos y caer. Levantarnos y salir por el medio de la callejuela, y luego por el centro de la calle real como alma que corre el diablo, para llegar casi sin resuello y temblando de miedo á nuestra casa, á referir lo sucedido, fué cosa de un santiamén, que así mismo nos pareció eterno.

Entre los peones, alguno propuso ir todos juntos á verificar los hechos, pero, finalmente, ninguno se atrevió. y sólo á la mañana siguiente se pudo ver, en el sitio de la aparición, que en un portillo, cerrado provisoriamente con palos, habían sido cortadas con cuchillo las ataduras de cuero que sujetaban los travesaños horizontales y robados estos. Fué fácil inferir, entonces, que el ladrón fumaba, en esa circunstancia uno de esos cigarrillos gruesos de picadura de tabaco tarijeño con más palos que hoja, y que por esto solían despedir chispas como una chimenea.

Fué esa la vez en que nosotros experimentamos en mayor escala lo que se llama tan estúpida y diabólicamente «el santo terror del infierno».

Cuando la proporción de ácido acético en el vino es muy considerable se le llama vinagre, y si con el mismo criterio hubiésemos de dar á las épocas pasadas el nombre del componente principal del espíritu y de la conducta humanos, deberíamos decir que la era satánica empezó á terminar para nosotros en 1810, recrudesciendo desde 1820 á 1852, para prolongarse en forma cada vez menos acentuada hasta el presente.

Rg. Alvarez

Principios para la parte teórica de un programa socialista.

1.—En todos los países civilizados, la producción y el intercambio son hoy día regidos por el capitalismo y las grandes empresas disponen de elementos poderosos que progresivamente hacen á un lado á las pequeñas. Los pequeños empresarios (pequeños cultivadores, pequeños industriales, pequeños comerciantes, etc.) forman una fracción cada vez más reducida de la población, mientras aumenta constantemente el número de los asalariados de las empresas capitalistas. Mas de la tercera parte de los individuos que pertenecen á las nuevas generaciones están condenados de antemano á una dependencia económica durable.

2.—Para la masa de los asalariados, principalmente los obreros, el capitalismo representa á la vez que la «dependencia, la inseguridad progresiva de la existencia». Las transformaciones técnicas, que economizan la mano de obra, arrojan siempre más obreros calificados fuera de su esfera. Por otra parte, la alternativa de los embalajes y de las depresiones económicas que resultan del carácter especulativo de la producción capitalista, se traduce para la gran masa de trabajadores por alternativas del exceso de trabajo y de la desocupación. Pero cuanto más aumentá el número de asalariados, tanto más la huelga paraliza la actividad económica y arroja miles de trabajadores á la miseria.

3.—Los sindicatos capitalistas hacen lo que pueden por reglamentar la producción dentro de cierta medida, pero en cuanto á eso no se preocupan del interés general y no tienen otro objeto que el de sostener los precios altos y la estabilidad de los beneficios en sus ramos. No remedian en nada las crisis económicas; modifican solamente sus manifestaciones, y el sostenimiento artificial de los precios elevados, determinando la acumulación de los stocks, no hace sino agravar la situación del proletariado.

4.—La producción capitalista ha dado lugar á un formidable crecimiento de la riqueza social, pero ese crecimiento de riqueza la clase laboriosa lo aprovecha en una

medida muy escasa. Bajo las formas variadas del «beneficio» y de la «renta territorial», los capitalistas y los proletarios de «bienes territoriales», atraen hacia ellos una cantidad siempre mayor de sobretrabajo. Siempre son más los que gozan sin producir nada, de una renta que les procura títulos de propiedad, pero su capital aumenta sobre todo considerablemente. Fortunas colosales, tales como no se conocieron en ninguna época, se acumulan en pocas manos, y la desproporción llega a ser una fantasía entre la renta global de los productores asalariados y la renta de la aristocracia capitalista, cuyo lujo sin medida corrompe la vida pública.

5.—A consecuencia del carácter «social» que toman la producción y el cambio de las empresas acrecidas y del desarrollo de las formas colectivas de producción, se observa una desociación progresiva entre el propietario de la empresa y la empresa misma. Una parte siempre más grande del capital social pasa a las manos de los accionistas, quienes no tomando ninguna parte efectiva en el trabajo, no tienen ninguna responsabilidad y no se interesan sino en el beneficio eventual. Detrás de las grandes empresas, que resultan casi monopolios, está todo un ejército de accionistas que detienen la fuerza social de sus explotaciones y viven como ociosos y parásitos de la actividad de la masa.

6.—Contra el desborde del patriotismo, contra la presión del capital monopolizador ejercitándose sobre el salario y los precios, los obreros y los empleados quedan desarmados mientras están aislados. No es sino por la coalición política, corporativa y societaria que pueden resistir a las tendencias deprimentes del capital. La libertad de coalición y el derecho de sufragio igualitario son, pues, condiciones indispensable para la liberación de los trabajadores.

7.—De todas las clases sociales opuestas a la clase capitalista, *la clase obrera sola representa un factor invencible de progreso social*. Las otras clases ó capas sociales anticapitalistas son, ó bien formalmente reaccionarias, queriendo detener ó hacer refluir la evolución histórica, ó bien se debaten en las contradicciones y las medias tintas, porque ellas mismas no son mas que agregaciones de elementos intermediarios. Solos los trabajadores pueden levantarse como clase para la defensa, de intereses puramente progresivos. Como clase los trabajadores tienen el mayor interés en el engrandecimiento

de la riqueza social por el perfeccionamiento de la técnica y el aprovechamiento de las fuerzas naturales en vista de la producción; como clase, tienen el mayor interés en la desaparición de las explotaciones parasitarias y de los elementos sociales parasitarios.

8.—El interés de clase de los trabajadores exige la transferencia de los monopolios industriales a la colectividad, su gestión en vista de la ventaja general, la extensión del contralor social sobre todas las ramas de la actividad y la absorción de todas las empresas no capitalizadas en el organismo de producción social. Pero la organización de los trabajadores en clase comporta su agrupamiento en un partido distinto, y ese partido político es la «Democracia Social».

La «Democracia Social» lucha por la penetración de la democracia en el Estado, la provincia y la comuna, por la realización de la igualdad política y la socialización del suelo y de las empresas capitalistas. No es el partido de los trabajadores en el sentido de que ella no admite más que trabajadores en su seno. Todos los que aceptan esos principios, es decir, quienes en las cuestiones económicas, sostienen la lucha del trabajo creador contra la propiedad expoliadora, encuentran lugar en sus filas. Pero se dirige principalmente a los trabajadores, porque la «emancipación de los trabajadores debe ante todo ser obra de los trabajadores mismos». La tarea esencial consiste, pues, en hacer penetrar esos principios en el espíritu de los trabajadores y en organizarlos política y económicamente.

10.—La lucha de la «Democracia Social» no queda confinada en los límites de un solo país. *Se extiende a todos los países donde la civilización moderna ha hecho su aparición*. Como el desarrollo de esta civilización no hará más que aumentar la solidaridad de los trabajadores en todos los países, y como las oposiciones nacionalistas no proceden sino del espíritu de dominación y de explotación, la «Democracia Social» representa en su acción económica y política el *principio del internacionalismo*, que tiene por fin la libre unión de los pueblos conservando su independencia y sus derechos nacionales en el vasto cuadro de la solidaridad humana.

Eduardo BERNSTEIN.

La educación laica y la moral

En el mes de Septiembre del año pasado, tuvo lugar en Londres el primer Congreso Internacional de Educación Moral. Numerosos fueron los temas discutidos, pocos los resultados prácticos de feliz aplicación; suerte esta de la mayoría de los congresos, cuya verdadera utilidad está en la influencia moral que las cortesías relaciones de varios días, el intercambio intelectual, la solidaridad un instante creada llevan consigo. Sin embargo, uno de los puntos del programa, ya por ser de interés siempre viviente ó por ser expresión de uno de los más grandes problemas filosóficos que hayan agitado á la humanidad, promovió una intensa discusión que, trasponiendo la sala del congreso, tuvo eco tanto en Francia como en Inglaterra. Fué éste el 5º tema: relaciones de la educación religiosa y de la educación moral.

Según parece no debía el punto ser debatido en el congreso, pero sus organizadores comprendieron la necesidad de dedicarle una sesión, para evitar que se instalara en todas; imposible era en efecto que, tratándose de educación moral y reuniéndose individuos de tan variadas y opuestas tendencias, semejante cuestión no fuese abordada. Pero si los congresistas, confiados en la declaración del comité, pudieron creer que el tema sería tratado con amplitud, los hechos encargáronse de desvanecer sus ilusiones. Y fué así como al abrirse la sesión, tan impacientemente esperada, el reverendo Gow que la presidía declaraba terminantemente que: el Congreso no debía buscar si era posible una educación moral independiente de la religión, sólo importaba estudiar cuales eran los mejores medios de dar la instrucción religiosa y los efectos que puede producir sobre la educación moral; la razón de esto está en que la mayoría de los padres son religiosos y que por otra parte, sería deplorable y peligroso para el éxito del Congreso, la idea que los defensores de la educación moral fuesen opuestos ó indiferentes á la religión.

Y efectivamente el tema no fué discutido; los defensores de la educación laica pudieron manifestar sus ideas, exponer, su sistema, rebatir algunos argumentos; Ferdinand Buisson presentó una declaración de principios tan elo-

cuente como elevada por el espíritu y generosa por la tendencia; Moulet demostró cómo la educación laica no descuida las aspiraciones superiores del hombre, otros hablaron pero..... no hubo discusión.

¿Es qué la escuela laica no tiene aun partidarios en Inglaterra, es qué, como decía el rev. Gow, el libro de misa y la Biblia son siempre los libros habituales de los ingleses? No pues, y un movimiento marcadamente moderno iniciado hace ya tiempo, va tomando, siempre más formas definidas; sienten muchos maestros la necesidad de separar la escuela del templo; en el Congreso, la Sra. Bridge Adams, decía, que en el último que celebraron los Trades Unions, habían aceptado con una inmensa mayoría (cerca de un millón y medio de votos) la enseñanza laica y gratuita desde la escuela primaria hasta la universidad. El valor de la enseñanza confesional estaba pues á la orden del día y los organizadores del Congreso no pudiendo eliminar la cuestión, la limitaron; era de todo punto necesario que no se dijeran los éxitos obtenidos en la enseñanza laica y cometieron el error, varias veces secular, que consiste en creer que es posible encadenar los hechos, ahogar la verdad, detener el movimiento.

Todo esto que hemos venido detallando no constituye sino uno de los tantos casos, que á todos nos ha sido dado observar, cuando se encuentran frente á frente las dos tendencias que sin tregua se han disputado el espíritu humano: por una parte la creencia, la fé, el dogma, la sumisión, la esperanza del esfuerzo humano puesta en algo que no es de esta vida, por otra, el libre examen, la razón, el conocimiento del verdadero lugar del hombre en la naturaleza, la confianza en su perfeccionamiento gradual, no como obra de la gracia divina sino por reacción sobre sí mismo y acción sobre el medio ambiente.

Y esas tendencias, tan claramente manifestada la primera cuando el prof. Patou, de Manchester, afirma que el fundamento de toda conciencia ética, es el conocimiento de un Dios omnipotente y el sentimiento de que el hombre está sobre la Tierra para obedecerle, amarle, glorificarle y gozarle; por Miss Wells cuando dice que hay que evitar todo lo que tienda á despertar análisis mórbidos é hiperconciencias de sí mismo, como bellamente fué expresada la segunda cuando Buisson declaraba: en lugar de afirmar los derechos de Dios (demasiados son los que están prontos á representar á Dios sobre la Tierra y á ejercer su poder por delegación) afirmamos nos-

otros, los derechos del hombre; jamás se recordará demasiado á la sociedad que su razón de ser es garantizar á todo hombre los medios de ser un hombre y de vivir como hombre; esas tendencias podrán en los momentos álgidos de su oposición haber tomado el carácter de contendientes épicos pero jamás, creemos, puede haber sido la lucha tan angustiosa como cuando el campo de combate es la escuela y el precio de la victoria, la educación del niño.

Que las religiones hayan nacido, como lo quiere Max Müller, de una aspiración natural al hombre que lo lleva hacia lo infinito, del deseo metafísico de explicar lo desconocido, del sufrimiento de lo invisible; que se originen según la teoría spenceriana del culto de los muertos, del concepto de un doble, de algo que no muere con el individuo y puede después de la desaparición de éste encarnarse en cualquier ser ú objeto inanimado; que procedan de una explicación antropocéntrica y antropomórfica de la naturaleza, de una inducción científica inconsciente y mal llevada que anima, vivifica la naturaleza entera dotándola de todas las aptitudes intenciones y sentimientos del hombre, que, en una palabra, haya sido la parafísica de Guyau; que hayan entrado en ellas como lo quiere Reclus, ese vago deseo que hace buscar el éxtasis, que en el cansancio de la vida activa hace agradable el sometimiento del individuo á la orden del jefe, al mandamiento ritual, para que, sometándose en grupos á las mismas prácticas, á iguales movimientos, llevados por un igual viento de angustia, sometidos á iguales alucinaciones la vida banal del hombre en salud moral se halle reemplazada por una nueva vida de ensueño y de locura; que haya obrado también «el amor hacia todo ese mundo externo viviente de una vida análoga á la suya, hacia las fuentes y los arroyos, hacia los árboles y las rocas, los montes y las nubes, el cielo resplandeciente en la aurora, en el crepúsculo, el gran sol, los astros todos diseminados en el espacio»; (1) que haya influido el temor del rayo, de la piedra que hieren, del animal cuyo diente feroz se hunde en la carne palpitante, el terror inspirado por las tinieblas, las grandes

(1) L'homme et la Terre.

voces del bosque que la imaginación delirante puebla de seres espantosos ó, lo que es más probable, hayan actuado todos estos factores obrando uno ú otro más intensamente, según las modalidades propias de los grupos y de los individuos, cualquiera que haya sido su génesis, el hecho es que las religiones constituyen uno de los fenómenos, tanto sociales como psíquicos más universales y constantes.

Síguese de ahí, que, como todo hecho humano, como la humanidad misma, las religiones han sufrido modificaciones, y tan hondas que solo después del estudio acabado de las creencias que las poblaciones retardadas presentaban en forma aun embronaria, pudo inducirse su origen y su crecimiento. La fé ingenua, simple y consoladora, expresión de la mentalidad primitiva, se organizó y complicó. Los dioses creados por el hombre convirtieron en sus creadores; poderosos y temibles fué necesarios aplacarlos; en signo de adoración y sumisión nacieron los sacrificios, de animales, de hombres tanto más jóvenes, hermosos y puros cuanto más exigente era el dios, hasta llegar á la ofrenda más alta, el sacrificio del hijo mismo del dios, regenerándose la humanidad con su sangre expiatoria derramada.

Los dioses mismos subordináronse unos á otros: del pandemonismo, del panteísmo primitivo, por eliminación sucesiva nacieron dioses cuyo dominio fué haciéndose siempre más extenso, subordinando á otros más pequeños y débiles para someterse más tarde ellos mismos, á otros todopoderosos y omnipotentes, surgiendo una sabia gerarquía incommovible, inmutable pues los dioses rara vez discuten el principio de autoridad.

Pero, esta organización del cielo no era sino reflejo de lo que pasaba sobre la tierra. El brujo primitivo, mago, médico, mediador y consejero encerrada en latencia una especie más temible, el sacerdote; representante é intérprete de la divinidad pudo imponerse á sus prójimos y por él empezó la gerarquía que, según dice Reclus subordinó á los débiles, á los fuertes, los pobres á los ricos, los necios á los astutos pero armó á los oprimidos del sentimiento de rebeldía.

«Cuando las naciones tuvieron reyes, que pretendieron la monarquía universal, crearon el dios soberano, dominando el empiéreo por sobre los hombres y los genios. A todas las oscilaciones de la humanidad correspondía un movimiento de igual naturaleza en la morada de las divini-

dades; el ascenso, el descenso de los grandes de la Tierra duplicábase en el espacio por la exaltación ó el oscurecimiento de los dioses, pues la imaginación de los hombres se modela siempre sobre la realidad. «Pero por efecto de la persistencia de las instituciones, de la duración de las tradiciones, de la sugestión á las prácticas hereditarias, todos los que beneficiaban del antiguo estado de cosas trataban de prolongarlo más allá del tiempo normal y es así como los reyes, los sacerdotes y sus parásitos siempre, con todo celo, han mantenido las imágenes que sus predecesores habían creado en los cielos, han perpetuado la ceremonias religiosas y las convenciones morales de ella derivados.

«El consentimiento unánime de millares y millones de hombres, durante generaciones sucesivas ha conseguido dar á vanas construcciones una solidez concreta y en el momento del peligro, cuando los amos recurren á los dioses, sus criaturas, el llamado que los poderosos de la tierra hacen á los poderosos del cielo jamás queda sin eco. El conjunto de la organización social y política forma con los dioses que le pertenecen, un todo solidario cuyas diversas partes obran por influencia recíproca; los reyes han elevado el altar de las divinidades, éstos en cambio prolongan la duración de las monarquías y de las iglesias».

Es así como podemos explicarnos la tan larga vida de las instituciones religiosas. Las primitivas y sencillas explicaciones é interpretaciones de la naturaleza, hijas primogénitas de la ignorancia, habrían seguramente desaparecido durante la vida de la humanidad á medida que la experiencia, la observación más exacta, más precisa hubiesen denunciado el error, de la misma manera como tantos conceptos inexactos fueron eliminados; pero desde que una casta, un poder perfectamente organizado y establecido sobre esas creencias pudieron aparecer, fué indispensable que la creencia perdurara y su objeto aceptado sin discusión, como garantía de la vida misma de las instituciones y de las castas.

Entonces para buscar la verdad, no sólo fué necesario luchar contra lo desconocido que por doquier rodeaba, interrogar, investigar sin descanso, fué necesario defender el tesoro pacientemente creado contra las manos impías que lo querían destruir; la débil lumbre que apenas alcanzaba á guiar los pasos tan inciertos del comienzo debía protegerse aún á riesgo de la vida misma.

Los primeros audaces que emprendieron la ruta, si ensangrentaron en ella sus manos y sus rodillas no fué solo porque era ruda y larga, sino porque para avanzar debían abrirse paso en medio de la masa de errores, prejuicios y miserias consagradas, debían forzar las puertas de los templos, apartar las insignias divinas, desconocer el dogma, desoir la voz implacable que amenazaba con la ira celeste, que atemorizaba ante lo desconocido, ante el inconcebible orgullo que era la perdición. La historia del espíritu humano, la evolución de las ciencias lo atestiguan.

¿Como sorprendernos pues, cuando una mirada retrospectiva nos muestra la ciencia, una vez construída, opuesta á la religión?

Nació á pesar de ella, joven sufrió su constante persecución, lógico era que cuando fuerte volviérase á su vez amenazadora ante su secular enemiga. Pero, una vez abierta la brecha, despejado el camino, claro el horizonte la ciencia prosigue su camino imperturbable, llena de la confianza que sus triunfos le dan, construyendo, creando sin reposo indiferente al ídolo que cae, al dogma que perece.

Aun á mediados del siglo pasado, cuando los grandes pensadores que fueron también grandes humanitarios, quisieron vulgarizar la ciencia, cuando intentaron hacer llegar hasta todos sus prójimos la gran fuerza curativa que encarna, sintieron la necesidad de afirmar su completa, su absoluta separación de la iglesia, de sus dogmas, de su espíritu. Los filósofos consideraban indispensable hacer su previa declaración de fé, y cuando no lo hacían, los demás encárganbanse de ello. Tratábase de ver si en sus obras algo podía haber que se opusiese al dogma, si las ideas en ellas manifestadas no hacían peligrar el orden establecido. Hechos y teorías debían, para su feliz carrera en el mundo oficial, respetar las ideas consideradas como base de la organización social, y los que á esto no se sometían, parecían de hecho enarbolar una bandera de combate. Recuérdese así la célebre discusión en la Academia de Ciencias de París entre Cuvier y Geoffroy Saint Hilaire; recuérdese para no citar sino uno de los más conocidos, el admirable sembrador de ideas que ha sido Buchner, quien para sostener hechos que hoy se enseñan en las escuelas creía necesario ante todo su declaración de materialista.

Hoy el hombre de ciencia, no se declara partidario ni

del materialismo ni del espiritualismo, no porque filosóficamente puedan parecerle equivalentes, sino porque para la investigación y la transmisión de los hechos solo aplica el método experimental, porque parte de la observación del fenómeno, lo analiza, lo compara, lo hace contralorear y cuando ha podido unirlos a los que le son afines lanza la hipótesis ó la teoría, que no es inmutable, que no es intangible, la ciencia es algo muy viviente, porque es humana y las modificaciones no la matan.

Tan honda es la transformación experimentada que los términos milagro y misterio, palabras eje de toda religión, hánse visto por completo eliminadas del lenguaje actual. El sabio que en una investigación viérase detenido por un hecho inexplicable, por un fenómeno imprevisible y expresara su ignorancia y su sorpresa atribuyéndolo á un misterio, despertaría en el acto un sentimiento de gran compasión entre sus prójimos. Si algo aconteciera contrario á lo que hoy se ha establecido como ley científica y que cada día más se consolida, no pensaríamos un instante en la posibilidad de un milagro, antes dudaríamos de nuestra observación ó de la exactitud de la universalidad de la ley.

Verdad es sin embargo, que el sabio no está siempre de acuerdo con el hombre, pero el que se calla es éste y no el primero, y los que como Grasset, por ejemplo, enlazan el laboratorio con el confesionario han de haber sentido, tal vez sin quererlo, como el primero influye sobre el segundo y lo borra. En verdad, podráse cultivar un capítulo de la ciencia, tal como puede hacerlo un especialista, sin tener que discutir, juzgar ó condenar sus creencias, pero, salvo raros casos, estas perderán su imperio, desaparecerán totalmente, si se trata de un espíritu lógico que lleva sin temor el raciocinio hasta sus consecuencias extremas. Y esto hábrase producido porque entre la fé, el dogma, y la razón y la ciencia hay incompatibilidad absoluta. El individuo cuya inteligencia funciona clara y rectamente, que parte en su inducción de hechos que todos pueden igualmente observar y comprobar, que no adelanta una conclusión sino cuando concuerda con la realidad de los fenómenos, el que haya palpado como tan invenciblemente atrae la verdad, que no se vacila en derrumbar una parte del edificio, tan penosamente elevado, cuando esto es necesario para alcanzarla, aquel que en la severa disciplina de la investigación,

ha seguido constantemente la relación de causa á efecto, deteniéndose cuando un eslabón de la cadena falta y permitiéndose solo el puente levadizo de la hipótesis, para no interrumpir su marcha, sin olvidar nunca su carácter de tal, no puede ser el mismo individuo, no puede ser la misma mente cuando inclinándose sumiso rehusa su razón, detiene su curiosidad, consiente en la vaciedad, en la vaguedad, en la inconsistencia del principio que necesita adoptar al emprender esa otra ruta, que no le ha de conducir á una explicación más clara, más completa de las cosas, pero le traerá el descanso, la paz, el olvido porque concuerda con sus sentimientos, sus inclinaciones, sus hábitos, todo lo que en él han puesto las impresiones primeras de la infancia, lo que han grabado las palabras afectuosas de la madre, toda la maravillosa poesía de esa primera época de la vida, verdadera primavera humana, en la cual tras de sí dejan las cosas surcos indelebles.

Aparece entonces el antagonismo, tantas veces poetizado, entre el corazón y la razón, y la mentalidad del hombre podría ser con propiedad comparada á dos esferas que conviven largamente y rara vez se penetran: la esfera intelectual, es el dominio de la razón, son los conocimientos, son los hechos de la ciencia, lo que se ha adquirido como fruto de la actividad individual en contacto con el medio ambiente; la segunda, la esfera del sentimiento, obra de la educación que ha modelado el sujeto, son los hábitos, las afecciones que tienen echadas sus raíces muy hondas en el organismo, lo primero en aparecer y lo último que se extingue, es el legado ancestral, él eco de lo que han sentido y vivido los que nos han precedido con sus temores y supersticiones, todo lo que hay de instintivo, de ignorado en nosotros, lo que yace en lo más íntimo de nuestro ser y duerme en la noche de la inconciencia.

En la acción, en la vida diaria, en todas las manifestaciones de la personalidad entran en juego estos factores, primando unos ú otros según las condiciones del momento y siendo que tantas veces el concepto, la idea son superiores á la educación recibida, los hábitos adquiridos, los afectos sentidos, siendo la esfera de la razón más avanzada, más alta que la de la tradición, aparece el desequilibrio, la existencia se desliza en un plano inferior al ideal entrevisto y en los sinceros, los convencidos, el antagonismo despierta esa lucha interna y

sorda y tanto más cruel cuanto más puro y elevado es el hombre.

Este desequilibrio, en la vida de un individuo, es una imagen reducida del que puede observarse en la vida de la sociedad. Encontramos también aquí la incompatibilidad absoluta entre el movimiento de progreso que desde hace dos siglos viene acentuándose cada vez más, la rapidez con que se presentan y tienden a resolverse los problemas, el desarrollo industrial extraordinario, los horizontes siempre más vastos que descubre la ciencia, la audacia humana siempre creciente que parece reirse del peligro, los enigmas antes considerados insondables y que la mano firme del investigador trata de desvelar, la confianza en sí mismo, la incesante actividad que confirman el gran pensamiento de Reclus, «la voluntad del hombre es la gran fuerza creadora que, sin cesar, construye y reconstruye el mundo»—frente a lo que representa el pasado, las fuerzas de tradición y de rutina, todo lo que tiende a buscar la felicidad en las formas y las ideas que correspondieron a otras épocas, todo lo que tiene asegurada la vida en la inmovilidad é inclina el hombre a entregar la dirección de su existencia a una voluntad superior a la suya, á desconfiar de sí mismo.

En la sociedad coexisten también las dos esferas que no se penetran. Evidentemente la primera absorberá la segunda, por un movimiento invencible aunque lento. Las costumbres, los usos, todo lo que rige las relaciones de los individuos entre sí, todo lo que corresponde á lo que en una forma sintética se ha dado en llamar el alma de los pueblos, deberá ponerse á la altura del nuevo concepto de la vida humana, de los nuevos ideales de renovación. Y mientras esto se produzca hemos de observar más de una vez épocas de ascenso y de descenso, verdaderos movimientos de flujo y de reflujo, oleaje inevitable que desconcertará á más de un optimista, y que no son sino fenómenos de una época de transición.

Y así podemos explicarnos como hoy, cuando la ciencia ha adquirido tal importancia que su sello se marca en todos los campos de actividad, á tal punto que, según dice Edmond Boutmy (1), si uno de los grandes profesores de los comienzos del siglo XIX, uno de los que ocupaba en la Sorbona una cátedra de elocuencia ó de poesía, penetrara en los anfiteatros de la Facultad de Letras, estaría tan sorprendido de oír por cualquier motivo hablar de ciencia, que creería haber equivocado

el corredor, hoy sentimos sin embargo, pasar como un nuevo soplo de misticismo un rejuvenecimiento de creencias, un nuevo arranque del espíritu religioso que, por efecto de esa penetración invencible de la ciencia, no toma el aspecto de una imposición, no es un nuevo poder que se alza, no es un dogma que trata de implantarse, llama por el contrario al corazón, no rehuye el examen, la discusión y pretende, en una amplia tolerancia, llevar los hombres hacia la felicidad.

Dejando á un lado el movimiento teosófico y espiritista cuyos adeptos encuéntrase esparcidos en todos los puntos de la tierra, podemos considerar por ejemplo el Behaismo, vasto movimiento religioso en el cual, según H. Dreyfus á quien cito, cristianos y judíos, musulmanes, budistas é hindús y, según parece, hasta libres pensadores pueden comulgar en iguales aspiraciones hacia el bien, la belleza, la verdad. Su fundador, Beha-Oullah, reconoce la validez de las religiones anteriores, en los principios dejados por sus fundadores é invita á los hombres todos, á la armonía, á la unión para el progreso moral y social. No reconoce ritos, ni dogmas, ni clero; el conocimiento de Dios, la fraternidad humana son sus fines; la razón, iluminada por, las enseñanzas de los profetas, su guía. Desde la Persia, su cuna, donde, según parece, ha influido sobre el movimiento social que tan rápidamente ha modificado su régimen interno, háse extendido el movimiento hasta la India, de férreas castas, donde paulatinamente las borra, en Rusia, en Turquía, en Siria, en la Europa occidental, en América, pretendiendo unir sus adeptos en una sola aspiración, pues, según una frase de Beha-Oullah, son todos hojas de un mismo árbol y gotas de agua de un mismo mar.

En la India han nacido dos sectas: los Arya Samay, y los Brama Samay, que tratan de conciliar el pensamiento monoteísta con las antiguas tradiciones del país. Y mientras la primera recuerda, según dice el Rev. A. Martín, la tendencia que muchos teólogos y pensadores occidentales han manifestado al pretender demostrar que las verdades modernas hallanse, implícitamente, contenidas en los libros santos de una civilización pasada; la segunda, más progresista, toma por base las revelaciones de Dios en la naturaleza y en las sentencias de todos los grandes hombres de todos los pueblos.

Ambas pretenden sin embargo, reemplazar el sistema de las castas por instituciones democráticas calcadas sobre

las del occidente. Vistos estos movimientos al través de la distancia aparécense como expresión de un anhelo de reforma social, es un movimiento de rebeldía en contra de un estado de cosas injusto y retardado y que toma ese aspecto religioso porque el secular dominio de las divinidades ha hipertrofiado sus aptitudes de creyentes.

De un carácter diferente es el movimiento, bastante generalizado en toda la Australia, en que tratan de conciliarse los conservadores, que tienden á considerar en una forma nueva y científica las cuestiones teológicas y los unitarios cuyo fin religioso es el desarrollo de la humanidad según el gran ejemplo «humano» del Cristo.

Las congregaciones formadas, dice Rodolfo Broda, conservan rigurosamente el culto externo del protestantismo liberal y proclaman un concepto por completo moderno y científico de la vida. Y en los servicios dominicales, después del canto de sus graves himnos, escuchan su pastor que les habla de los progresos científicos, de los problemas políticos y sociales, que los interesa en el estudio del desenvolvimiento de la especie humana mostrándoles el hombre primitivo, débil, aislado, llevando una vida precaria y que tomando poco á poco conciencia de su energía latente triunfa por el pensamiento del ámbito brutal.

En los Estados Unidos maniéstase igualmente un esfuerzo conciliatorio de todas las creencias. Una iglesia libre háase alzado; por completo alejada de toda secta, organizada fuera del cristianismo, del judaismo, del budismo, etc., pero abierta á la virtud contenida en todos los sistemas religiosos. Se ha formado la Unión Cristiana por la cual, los ministros de cinco ó seis diferentes denominaciones intentaron unirse sobre una base común de fé y de acción. Y para terminar recordemos la Asamblea Internacional de los «Unitarios» y otros pensadores y hombres de acción liberales, que así se llamó, y tuvo lugar en Boston á principios del año pasado, declarando que: el fin de esa asamblea era crear un lazo entre los hombres de todos los países, que se esfuerzan por unir la religión pura y la libertad perfecta y aumentar la fraternidad y la cooperación.

En Inglaterra, en Alemania, en Francia han tomado cuerpo las tendencias liberales que se agitaban en el seno del judaismo y Levy, uno de los promotores de la Unión Israelita Liberal de París, afirma que el judaismo tiene

un solo artículo de fé: la creencia en Dios, principio eternamente vivo del orden, de la belleza, del amor, y mientras la ciencia se encierra en el estudio de los fenómenos, y de las relaciones que entre ellos presentan, y la moral necesita una base metafísica, entre ambas conserva sus derechos la religión; «esfuerzo del ser humano para alcanzar en la medida de sus fuerzas la esencia absoluta, la ordenación total de las cosas y para armonizar su conducta con esta realidad y este orden universal».

En Alemania han adquirido gran impulso las asociaciones religiosas libres; rechazan las fórmulas declaradas con autoridad infalibles y decisivas, aceptando como principio fundamental la libertad de concepto, entendiendo que, según la frase de Federico el Grande, cada cual puede alcanzar el paraíso á su modo. En ellas, según Bruno Wille, llegan á conciliarse los adeptos de Kant, que hacen de su libertad de conciencia una aplicación mística y adoran un ser que colocan fuera del espacio, del tiempo y de la casualidad, son ateos y materialistas.

En el mismo país ha nacido, hace poco, la «Asociación Kepler», cuyo principio fundamental es que el conocimiento exacto de la naturaleza puede conciliarse con la filosofía y la religión; quiere divulgar esos conocimientos, producto admirable de nuestra época, entiende que lo que es fruto de la investigación incansable debe pertenecer á todos y se unen sus adeptos para una obra idealista que debe según ellos detener la propaganda atea.

En Francia ha surgido la «Unión de los Libres Pensadores y de los Libres Creyentes para la cultura moral»,— formada, según parece, por individuos de una amplia tolerancia que anhelan hacer cesar los conflictos entre la religión y la ciencia.

Admiten, como método común, el libre examen, y se preparan para trabajar, olvidando sus disputas religiosas y filosóficas, en el desarrollo de la cultura moral y en el progreso de la sociedad. El libre creyente llega á la fé por el libre examen, él mismo edifica su vida moral y del mismo modo que el libre pensador científico construye su concepción del mundo por encima de todos los dogmas absolutos.

Este movimiento religioso contemporáneo, siguiendo en esto todas las formas de actividad humana, se ha visto acompañado por una recrudescencia en la literatura y la filosofía, de obras destinadas á probar la inmortalidad de las creencias.

Sería un error suponer que todos los representantes de este movimiento son ingenuos partidarios de la fé del carbonero; para comprender un fenómeno el procedimiento útil no es empequeñecerlo, sino saber subir á suficiente altura para abarcarlo en su conjunto.

Muchos espíritus distinguidos han seguido las huellas de Brunetiére, después que esta lanzara la estupenda declaración de la bancarrota de la ciencia, declaración en la cual no se sabe lo que mas debe admirarse, si la audacia de su autor, ó la suerte que ha tenido.

Nunca, como en la hora actual, la ciencia positiva, dice Luc Janville, en un artículo perfectamente pensado de *La Revue Intellectuelle*, ha tenido que soportar tan formidable desborde de parte de los metafísicos y religiosos, tanto en Francia como en el extranjero. Su estudio árido, sus métodos lentos, rigurosos que han conquistado al saber casi todo lo que posee, no convienen á todos los espíritus, pero los resultados son tan grandes, tan hermosos que, no pudiendo negarlos, se apoderan de ellos. Se acepta el descubrimiento pero se rechaza el método que lo ha conquistado. Esto es lo que más evidentemente veo en lo que se ha dado en llamar el nuevo espíritu de la ciencia.

De entre las numerosas obras, que con este fin han sido publicadas, una sobre todo, nos ha parecido interesante; hija de un verdadero maestro, pensador de conciencia, y cuya sinceridad no puede sospecharse, me refiero al libro de Emile Boutroux—*Ciencia y Religión en la Filosofía Contemporánea*.

El distinguido profesor de la Sorbona reconoce el conflicto inevitable entre la religión y la ciencia. El concepto del sabio que en la puerta de su laboratorio deja sus creencias para volverlas á tomar al salir tal cual las ha dejado, es puramente teórico y si algunos pudieron pretender separar el conocimiento y la creencia por un tabique impermeable, si creyeron posible la separación de dos mundos, el uno espiritual, el otro temporal, en la práctica esto resultó ilusorio. La religión, dice, tanto más ávida de expansión cuánto más independiente se la declaraba, encontrándose estrechada en el campo de la conciencia, se esforzaba en conquistar el mundo visible; por otra parte, la ciencia, fuerte de sus éxitos cada vez más brillantes, proclamaba que el mundo entero de la realidad estábale abierto con tal que procediera con orden, yendo según el precepto de Descartes, de lo sim-

ple á lo compuesto, de lo fácil á lo difícil, de lo que nos es inmediatamente cognoscible á lo que no podemos directamente conocer. Por lo tanto, el conflicto evitado en teoría era real en la vida. No podía escapar á las grandes mentalidades filosóficas. ¿Cómo lo han resuelto? Esto es lo que va á investigar.

Nos lleva entonces sabiamente por la filosofía positivista la que, según él, consiste en una marcha metódica de la ciencia á la religión pasando por la filosofía; nos muestra á Comte definiendo, analizando las ciencias, clasificándolas, estableciendo los elementos esenciales de toda noción positiva. Lo real está en la ciencia, la teología y la metafísica solo son construcciones ilusorias. Pero el positivismo no busca lo real sino para llegar á lo útil. ¿Cómo encontrarlo, cómo determinar el pasaje del conocimiento á la acción? De esto depende la salvación de la humanidad y corresponde á la filosofía. Es necesario para ello llegar á la unificación intelectual; pero las ciencias aunque unidas son divergentes, cabe entonces una síntesis intentada desde el punto de vista humano y social, esta la da la sociología. Considerando la naturaleza humana se echa de ver que la inteligencia es incapaz de conservar el lazo social, éste es obra del corazón. Tal ha sido el apoyo de las religiones, y debemos conservar el fondo de estas antiguas instituciones, aun cuando rechacemos sus dogmas; la religión regenerada será el primordial principio de la regeneración de las sociedades.

Toda la enseñanza de las religiones se basa en dos dogmas. Dios y la inmortalidad del alma. La idea positivista de la inmortalidad es la atribución á los justos de una parte de la vida eterna del eterno ser; el objeto de la creencia está cerca de nosotros, está en nosotros, es la *Humanidad*. Hé aquí como ha nacido por deducción y bajo la influencia de una crisis sentimental que agitó la vida de Comte, la extraña religión de la Humanidad, con su calendario de héroes y sabios y su trinidad, tan inteligible como la cristiana, compuesta por el Gran Ser ó Humanidad, su Gran Fetiche, la Tierra, su Gran Medio, el Espacio.

Sigue Boutroux examinando el tan distinto concepto del gran filósofo inglés, Spencer, quien, en su monumental obra, ha sentido la necesidad de dejar un capítulo aparte que, aunque reducido, es como la puerta de escape del sentimiento religioso, que tan viva influencia tuvo sobre

su infancia. La ciencia y la religión tienen para él un mismo origen, ambas hanse producido naturalmente en el espíritu de los hombres por sus relaciones con el mundo externo; son en igual grado realidades, manifestaciones espontáneas de la naturaleza, pues es un contrasentido tratar de ver si pueden coexistir, el hecho es que coexisten. Para apreciar sanamente la ciencia y la religión, debemos considerar no sus expresiones particulares y contingentes, sino sus proporciones más generales y abstractas. Y cuando se profundizan sus principios, encontramos que implican lo incognoscible, lo impensable. En ese incognoscible toma sus fuentes la religión, haciendo vanos esfuerzos por definirlo. Vano sería también, que la ciencia quisiera confinarse en el dominio de lo cognoscible y de lo definible. Cuanto más progresa y demuestra, tanto más impónese á ella ese incognoscible que quería iluminar. Ahí donde comienza la religión, termina la ciencia. Se dan la espalda y se reúnen.

Esto no impide el estudio del fenómeno religioso como fenómeno natural; sus modificaciones en el tiempo, así como las transformaciones de las instituciones eclesásticas. Y reconoce que el rasgo general de la evolución religiosa es el predominio del elemento moral sobre el elemento ritual ó propiciatorio; es, en último análisis, la tendencia á considerar los dogmas como puros símbolos y á reemplazarlos por la conciencia, á la vez indefinida y positiva, de lo absoluto.

Diametralmente opuesta es la teoría Haeckeliana. Para él, las enseñanzas de la religión son contrarias á la ciencia y no soportan un instante el análisis; no responden por lo tanto al estado actual de la humanidad y considera llegado el momento, de constituir una filosofía científica ó interpretación racional de los hechos de la ciencia que abarque las cuestiones dejadas hasta hoy á los metafísicos y á los teólogos.

«La filosofía que se desprende de la ciencia se resume en dos palabras: Monismo y Evolucionismo. Todos los seres son de igual naturaleza, solo hay entre ellos diferencias cuantitativas y no cualitativas. Por otra parte los seres no son inmóviles, poseen un principio de transformación; este principio, en sí puramente mecánico y sometido á leyes inmutables, es el origen de la variedad de los seres los cuales son así el producto de una creación natural. Nada hay en la naturaleza que pueda explicarse fuera de la naturaleza. Nada hay antes que ella, nada

más allá. Los enigmas que ciertos sabios consideran indecifrables para la ciencia, han sido descifrados ya, ó lo serán pronto; lo incognoscible no existe, solo hay desconocido y desde hoy solo ignoramos el detalle de las cosas y no sus principios.

Pero, si la ciencia puede resolver las dudas de la razón, no puede olvidar el corazón, el sentimiento que también tienen sus derechos, y por lo tanto solo podrá expulsar, su rival, la religión, cuando pueda contentar al corazón como á la inteligencia.

Á la trinidad imaginaria del cristianismo el monismo substituirá la trinidad real de la belleza, del bien, de la verdad.

El hombre del porvenir poseerá la ciencia y el arte y por lo mismo la religión. Será inútil encerrarse en el recinto de una iglesia, pues en la naturaleza entera encontrará, al lado del feroz combate por la existencia, las manifestaciones de lo bello, lo verdadero y lo bueno; su iglesia será el universo.

Este estudio de los tres grandes sistemas filosóficos que rápidamente hemos resumido, es seguido, en el libro á que nos referimos, de un análisis amplio y bastante imparcial de lo que su autor llama el psicologismo y el sociologismo, es decir, de la interpretación del fenómeno religioso como fenómeno psíquico ó social; expone luego un movimiento de reacción en contra de la ciencia, la apología de la religión basada sobre los límites de ésta; la ciencia actual no es dogmática, no pretende explicarlo y abarcarlo todo, no considera sino los hechos, parece entonces dejar un amplio campo á la interpretación religiosa. No pretenden, los que esto sostienen, que las religiones deben desconocer las enseñanzas de la ciencia; de ahí esa escuelas de teólogos que se esfuerzan por poner los dogmas de acuerdo con las nuevas teorías, y, basándose en el hecho de cada época tiene su lenguaje especial y que solo conviene al hombre que en ella vive, creen adaptar los textos sagrados al moderno concepto de la evolución.

Este largo y erudito estudio conduce su autor á establecer la legitimidad de la religión. La actividad de la razón no es toda la actividad humana, algo queda que la ciencia no satisface.

La vida del hombre dice, descansa sobre la creencia en la realidad y el valor de la individualidad; la ciencia destruirá las ilusiones que de ella nacen y haría imposible la existencia. Las sociedades mismas descansan

sobre la opinión, científicamente fútil, que la familia, la sociedad, la patria, la humanidad son individuos que tienden á subsistir. El arte presta á las cosas propiedades contradictorias á los que científicamente se constatan. La moral pretende que una cosa es mejor que la otra y esto no tiene sentido ante la ciencia.

No, todo esto no puede suprimirse; es necesario la fe, el anhelo de un ideal, el entusiasmo y esto caracteriza justamente la religión, cuya vida se encuentra así asegurada lo mismo que la de sus dogmas que no son sino dos: 1º la existencia de Dios, de un Dios vivo, perfecto, todopoderoso, 2º la relación igualmente viva y concreta del hombre Dios. Y termina diciendo:

«A pesar de sus relaciones la ciencia y la religión permanecen y deben permanecer distintas. El valor y la indestructibilidad de ambas, siendo puestas, siempre más en evidencia, la razón trata de acercarlas, en medio de sus luchas, para formar por su unión un ser más rico y armonioso que cada una de ellas considerada aisladamente. La lucha las templará igualmente, y, si la razón prevalece, de sus distintos principios, mas amplios y vivaces surgirá una forma de vida más rica, profunda, bella é inteligente. Pero estas dos potencias autónomas no pueden sino encaminarse hacia la paz, sin pretender alcanzar nunca la meta, pues tal es la condición humana».

De estas consideraciones sobre el movimiento religioso actual, fácil nos es inducir que esto que lucha tan esforzadamente por la vida no es en realidad la religión, sino el espíritu religioso, que siente cómo el espíritu científico lo mina y lo anemla. Y si, por otra parte, hay hombres cuyas creencias son tan vivaces que los anima de un ardiente proselitismo, que los lleva en su altruismo á la ofrenda desinteresada del tesoro de sus convicciones, el espíritu religioso de antaño no es el espíritu de hoy.

No niega la razón, no la hace callar ante lo absurdo, no impone, no amordaza, no dogmatiza, no puede ser exclusivista, no condena la convicción ajena; quiere ser tolerante y suave, se dirige al sentimiento, agita lo que en nosotros aun queda de la creencia ancestral y después de haber sido, durante largos siglos el fiel aliado del principio de autoridad, consiente en la extraña asociación, en que algunos pretenden hacerlo entrar con las tendencias nuevas que preparan la transformación social. La religión no pretende hoy explicar el mundo. La

ciencia ha puesto en evidencia lo absurdo de su explicación y el recurso de la metáfora, en la interpretación de los textos, es su última arma. Pero si la abandona la explicación del mundo pretende su dirección moral. Ella encierra afirman, la buena vieja moral de nuestros padres y olvidan que la moral es la resultante de la vida en sociedad de los hombres que si la religión la ha absorbido posteriormente, no nace de ella sino de la vida misma. Esta es la última trinchera, por eso la crisis religiosa actual es en gran parte una crisis moral; son los últimos esfuerzos de un poder que ha sido inmenso.

Cuando después de las densas tinieblas de la noche empieza á clarear la línea vaga del horizonte, la luz débil é indecisa del primer instante se intensifica siempre más; los que, desde un punto elevado observan, admiran ya el sol levante cuando en los valles y en las honduras reina aun la penumbra; los que en ella viven la hallarán poética y hermosa, dirán que la luz es cruel y brutal, que por ella se desvanece el ensueño y la ilusión que han adormecido á nuestros padres; vanos gemidos, inútiles protestas que en nada detendrían el glorioso ascenso del astro.

En una de sus tan sugerentes y originales obras, dice Le Dantec: «Soy ateo, como soy bretón, como se es rubio ó moreno sin haberlo querido». Y más lejos «No es creyente el que quiere. Me he visto obligado no siéndolo, á hacer grandes esfuerzos para explicarme las cosas de un modo conveniente; esto me ha dado un gran placer, lo que no es vano, y ha recompensado mi pena».

Que este pensador atribuya tan grande importancia á la estructura del individuo, á la herencia, no debe sorprendernos desde que es este su concepto dominante. Puede en ello haber algo cierto, pero la simple observación, nos permite agregar un factor, más importante tal vez que el anterior, la influencia del medio ambiente, la educación.

Hemos visto cuanto debíamos tomar en cuenta las primeras, influencia bajo las cuales ha crecido el niño para podernos explicar las opiniones del hombre y los principios que dirigen su vida.

Y, considerando que la obra de mayor importancia para una generación es preparar, es armar la que le sigue; siendo la escuela el crisol en que se funden los elementos nuevos de vida con lo que la humanidad ha

aprendido en su larga carrera, claro es, que para esa elaboración en la que se prepara el porvenir, se ha de elegir, lo más puro, útil y bueno, fruto de la experiencia humana.

Siendo tan grande el rol social de la escuela, debiendo, alta y pura, colocarse por encima de la lucha de los intereses mezquinos que tan amplio campo tienen aun por desgracia en nuestras sociedades, debiendo ir á ella guiados solo por el pensamiento de la obra útil á realizar, sintiendo la responsabilidad que ante la historia asumen los que empuñan el timón de la barca, se tiene el derecho de preguntar cuál es el valor del principio adoptado para su orientación.

En este examen es necesario, dejar á un lado las simpatías personales, alejar, en lo posible, nuestra personalidad, y poniendo frente á frente los principios discutidos apreciarlos por sus resultados, por la utilidad y la bondad que nos reportan.

Parécenos que, en lo que se refiere al conocimiento de las cosas, el juicio ya ha sido pronunciado; perfectamente sintetizado lo encontramos en una sugerente figura del artículo ya citado de Janville. «Supongamos un teólogo, un metafísico y un físico llamados ante un reloj desconocido para explicar su mecanismo. El primero consultará la Biblia, el segundo emitirá una hipótesis, el físico abrirá la caja. Los métodos son netos, nosotros estamos por el físico. Este inventará si es necesario herramientas y mientras los otros edifican sus argumentos, la caja se abrirá.

«En presencia del mecanismo habrá que determinar su ley. El teólogo volverá á tomar la Biblia, el metafísico sus previsiones, mientras el físico, más vulgar, desmontará la máquina. Si se trata de profundizar algún rodaje, el teólogo recurrirá á su Biblia, el metafísico á sus hipótesis, el físico si es necesario acudirá á la química. Llegado al límite de los conocimientos á su vez se hará metafísico, pero, por el estudio de los mecanismos se habrá dado cuenta de las leyes que los rigen, se habrá despojado del estado de espíritu primitivo que lleva á ver en todo una manifestación de lo maravilloso. Podrá guiarse y se dirá—Guardemos el idealismo como fin de las acciones humanas; la investigación de la verdad debe estar en el realismo absoluto y en la ciencia clara. Y procederá en la investigación de las relaciones del conocimiento con la realidad, por el estudio de los órganos del

conocimiento y de los objetos de la realidad, pues sabe bien, que el estudio de los fenómenos es vano sin el estudio de la realidad».

Nosotros también estamos por el físico; nadie puede en conciencia titubear en la elección de los métodos. La ciencia se impone hoy, debe ser la base de la escuela aun cuando de su enseñanza se desprendan conclusiones opuestas á las del catecismo, aun cuando el espíritu crítico que hacen nacer, aun cuando la razón que desarrolla, aun cuando la claridad que de ella emana destruyan las creencias. Y como sería absurdo enseñar al niño el pro y el contra, mostrarle la verdad y el error, pues conduciría irremisiblemente al desorden, dejaría al sujeto por completo desorientado, sin guía, propongo á dejarse llevar por cualquier viento bueno ó malo según la fuerza con que sople, debemos, si lo que buscamos es en toda verdad la preparación del hombre de mañana, establecer la escuela sobre una base enteramente laica.

Nadie se atreve hoy á combatir la escuela laica desde el punto de vista del valor del conocimiento, pero, muchos son los que discuten su aptitud desde el punto de vista moral.

Después del congreso, á que me he referido al empezar, se acusó la educación laica de la Francia, de la inmoralidad afirmada por ellos, de este país; del aumento del alcoholismo, de la prostitución, de la criminalidad juvenil y advertiremos de paso que no nos explicaron los que tal sostenían como es que en Inglaterra su país, existen las mismas llagas sociales.

Hemos visto á Boutroux negar á la ciencia considerada en sí misma la fuerza necesaria para hacer nacer el ideal, alimentar el entusiasmo. En un libro sobre psicología femenina, por otra parte perfectamente escrito, dice Henri Marion que la educación de la mujer no debe, ni puede ser irreligiosa, considerándola incapaz de la serenidad crítica que exige la irreligión, siendo además el amor, que está en el fondo de toda creencia, un gran bien, una gran dulzura, algo que ennoblece y eleva la vida.

Pero la moral no ha nacido de las religiones. El gran geógrafo que ya hemos citado y cuya opinión en la materia tiene para nosotros tanto valor, no solo porque fué uno de los cerebros mejor organizados sino porque su vida alta y pura es ella misma, una admirable lección de moral, Reclus, dice: Por efecto de una ilusión

de óptica, que se produce tanto en el mundo moral como en el material, los hombres se equivocan de ordinario sobre el sentido real del movimiento, cuando ellos mismos y el ambiente se desplazan en sentido contrario; se creen inmóviles y se imaginan que la naturaleza huye. Dan un carácter de permanencia dogmática á sus ilusiones religiosas y hacen resaltar el contraste con la conducta de la vida que suponen esencialmente insegura y desprovista de moral directriz. Lo contrario es lo cierto; la moral existe por lo mismo que individuos, animales ú hombres, viven en sociedad, mientras que las religiones no se relacionen sino con lo desconocido, viven de ilusiones y de hipótesis, son un fenómeno secundario en el desarrollo general de los seres.

Otro de los grandes espíritus modernos cuya vida tan hermosa puede llenarnos de orgullo cuando parafraseando la frase célebre exclamamos, yo también, Berthelot, en una magnífica réplica que seguramente ha de estar presente á todos los espíritus, demostraba que: «El hombre encuentra en sí mismo la moral y la objetiva atribuyéndola á la divinidad; él es, el que sin cesar la ha perfeccionado en el curso de las edades y de los pueblos por la generalización de la idea de deber y de solidaridad».

Podemos pues confiar en la eficacia moral de la escuela laica. Si de la vida misma derivan los principios de ética, éstos serán sentidos y comprendidos ahí donde la enseñanza tenga por base la ciencia, jamás amaremos mejor la vida como cuando la hayamos estudiado, interrogado en sus múltiples formas; cuando la hayamos encontrado por doquier, mejor la sentiremos en nosotros mismos, mejor le daremos su alto precio,

Pensamos, como el gran químico antes citado, que también deriva de la ciencia una gran enseñanza moral, que «no se reclama de lo absoluto ni del egoísmo feroz que proclama el combate por la vida, sin piedad; ni del ascetismo fanático que quiere conquistar el mundo para su dios, ni se concentra en prácticas nocivas al individuo estériles para sus prójimos, con la esperanza, puramente personal, de la recompensa en una vida futura».

Es necesario observar, sin embargo, que la enseñanza científica tal como hoy se le da difícilmente puede alcanzar los resultados que anhelamos. No es el manual árido, la enumeración seca, la repetición indiferente los que pueden transmitir ese todo tan viviente, tan grande,

tan humano que es la ciencia. El esfuerzo prolongado que la ha creado, las esperanzas que encierra, el bien que ha hecho, quedan siendo por lo general letra muerta; en la escuela se enseñan los hechos; y si en verdad, pueden tener valor ilustrativo, pueden llenar la memoria, su efecto educativo es casi nulo y desde que es imposible dar al alumno un conocimiento acabado de las cosas, ¿no es acaso preferible estudiar un número reducido de ellos, siguiendo paso á paso la investigación que los ha precedido, rehaciendo en parte la obra creadora, reconstruyendo un capítulo de la evolución del saber humano? ¿No es posible estudiar la naturaleza en ella misma para que surja el amor que su contemplación despierta?

Para que la escuela laica sea lo que verdaderamente debe ser, no basta que no se hable en ella de las divinidades; tiene que estar impregnada del método científico, construido sobre él, vivificada por él; entonces la generación que en ella se forma, conocerá el uso de la razón y del sentido crítico, no consentirá en abandonar en manos extrañas la dirección de su propia existencia, no se resignará ante el dolor, el sufrimiento, no sentirá temor ante lo que ignora.

La escuela laica no será una escuela sin poesía, sin belleza. Estas, están en la naturaleza, en la vida nada le agregamos haciendo intervenir algo superior, ajeno á ella. ¿Acaso el cielo de las noches estrelladas que tantos poetas inspiró, parecerá á nuestros ojos menos bello porque conocemos las leyes que rigen esos astros? No pues y á la emoción puramente estética se agrega el sentimiento, noblemente confortante, de la obra del hombre que las ha descubierto.

¿Qué es lo que la ciencia quita á la humanidad? Un error, una ilusión que vivió largo tiempo porque pudo organizarse. ¿Qué bien han hecho las religiones, qué les debemos de nuestra parte de felicidad? Tiempo hace que Lucrecio, en su inmortal poema, exclamaba: Tantos crímenes pudo aconsejar la religión!

Y no se refería á la que hemos sufrido, nosotros pueblos cristianos, cuya historia encierra en cada página sus recuerdos sangrientos.

No, la humanidad no pierde nada al perder sus creencias; si tuvo grandes místicos y grandes soñadores que encontraron en su comunión con Dios una felicidad inmensa, la investigación de la verdad, la lucha apasionada

del hombre que quiere someter la materia rebelde y su triunfo, reservan también goces insuperables, y ellos no son estériles ni egoístas, se extienden fecundos para todo el linaje humano.

Recuérdese sino el discurso del viejo maestro Sergi, en la inauguración del Congreso de Roma. «Oh! si me fuese permitido á mí, libre de toda pena de ultratumba, libre del temor divino, en absoluta independencia de espíritu, si me fuese permitido expresar el goce intelectual que he experimentado en la investigación no interrumpida de los fenómenos de la vida física y mental, qué alegría superior he experimentado en las investigaciones sobre el origen del hombre, sobre las diferentes razas, sobre su labor civil, su ascensión lenta y continua hacia la humanidad más dulce y más libre, mostraría que esta satisfacción ideal, excluye otra cualquiera imaginaria que jamás ha existido, que lleva el hombre hacia la perfección en la vida intelectual y social haciéndolo al mismo tiempo consciente de su personalidad, libertándolo del temor y del servilismo al cual todas las religiones lo someten».

No, no podemos dudar de la influencia moral de nuestra escuela laica cuando en ella viva, como debe vivir, la ciencia que ha mejorado sin cesar la vida humana, que hace más fácil, más productivo su trabajo; que da los medios de aliviar el sufrimiento.

Y no se diga que estos solo son alivios materiales, porque estamos convencidos que el día en que los medios de producción sean aun más poderosos, cuando la enfermedad se halle detenida por una higiene sabia que los medios económicos harán accesible á todos, cuando la vida sea más alegre, más sana, más fácil desaparecerá el egoísmo brutal que engendra la lucha por la vida, que la inseguridad del mañana, hace hoy tan cruel, desaparecerán muchas mentiras y bajezas á las que el hombre siéntese obligado para ganar su pan y la ciencia aunque indirecta y lentamente habrá mejorado la especie humana.

No podemos dudar de la influencia moralizadora de nuestra escuela, cuando en ella, se haya mostrado al niño la necesidad del esfuerzo común para vencer obstáculos que también son comunes. Cuando haya sentido los infinitos lazos que entre sí unen los hombres del presente y los de hoy, con los de ayer, habrá germinado en él, consciente y claro, el sentimiento de solidaridad, que oscuramente vive en todos los seres que se asocian; com-

prenderá entonces cómo él, heredero de un trabajo inmenso, debe contribuir también á él y se habrá fijado en su espíritu aquel proverbio hindú que quisiéramos leer en la puerta de todas las escuelas:

«Cuando vas á morir no tires tu pan; cuando abandonas un campo empieza por sembrarlo.

Alicia MOREAU.



CeDiInCI

Numerosos indicios del moderno movimiento histórico señalan para la Humanidad un porvenir mejor. Marcha ella en masa hacia la libertad, «que no consiste en la soñada independencia de las leyes naturales, sino en el conocimiento de estas leyes y en la posibilidad así obtenida de hacerlas obrar metódicamente con fines determinados». Nuestra creciente inteligencia del mundo inorgánico y de los seres vivos es una promesa de gloria si comprendemos y dominamos también lo biológico de nosotros mismos.—DR. JUAN B. JUSTO, Teoría y Práctica de la Historia.

Patriotismo

La idea de patria ha perdido mucho de su virulencia. Los dioses, hace ya tiempo, se inclinaron al cosmopolitismo. Jesús fué mal hebreo. Se entendía con los gentiles, y hablaba de paz. Aseguraba que no era necesario ser judío para salvarse. La divinidad obraba así en defensa propia. Vinculada á sus tribus, fiadora de ella y obligada á batirse á su lado, su situación era comprometida. El pueblo elegido recibía más palizas que ningún otro. Después de cada una, las explicaciones con Jehová se hacían penosas. Durante los siglos cristianos, en cambio, las naciones europeas no se destruían sin solicitar antes de un mismo dios la victoria, y con la misma confianza. La Providencia ganaba siempre; jugaba de banquero, no de punto. Se había emancipado de las contingencias del patriotismo.

El hombre ha seguido un método análogo. Si algún consuelo inducimos de la evolución, tal como nos la imaginamos, es el de la eficacia creciente con que nos suscitamos á las contingencias del mundo. Estamos delimitando la naturaleza para circunscribirla. Con ella es el combate humano. Al oponernos á ella nos homogeneizamos, y por eso el patriotismo es un molde demasiado chico para nuestro futuro. El patriotismo es la división, y no venceremos desunidos.

¿Cuál es nuestra arma? La ciencia. Y qué es una ciencia nacional? Una mentira. La ciencia se hace por la unanimidad y para la unanimidad.

El patriotismo se cree amor y no lo es. Es una extensión del egoísmo; es una apariencia de amor. Sería muy natural amar á los más próximos, á los más semejantes de nuestros hermanos, á la tierra que nos sustenta y al cielo que nos cobija. Pero eso no es patriotismo, es humanidad. El amor irradia hasta el infinito, como la luz, mientras el patriotismo cesa del otro lado de un monte, de un río, de una raya sobre el papel. El amor une; el patriotismo separa. Un patriotismo que no odiara

al extranjero sería amor; un amor que se detiene en la frontera no es más que odio.

El patriotismo es odio; hijo del miedo. En el patriotismo hay crueldad, codicia y envidia. En nombre del patriotismo se cometen todos los crímenes. Enseñamos al niño á suspender toda noción de justicia cuando se trata de su patria. Su patria, es decir, un grupo efímero de hombres, es superior al universo. Hay que sacrificarla las vidas y las conciencias. Por ella el robo se vuelve honroso, y el engaño, y el homicidio. No existe patria que no sueñe con el imperialismo ¿y en qué se diferencia una patria imperialista de una cuadrilla de ladrones? En que es más numerosa.

¿Sois conquistadores fuera? Seréis esclavos dentro. Cuanto más patriótica es una patria, más necesita del ejército y más se asemeja á él. El ejército encarna la patria; es la organización de la esclavitud de los cuerpos y de las almas. Es la esclavitud doble; el cuartel refunde el convento en el presidio. En las patrias muy patrióticas los ciudadanos son reclutas dispuestos á matar á su madre si él cabo lo ordena. Los pobres tienen patria, pero les falta pan. Si les dejan, emigran, hartos de patriotismo y de hambre. Los que se quedan empiezan á pensar que tal vez sus males se remedien con un poco de energía. ¿Qué es un oficial que dice que sí ante cien soldados que dicen que no? Así hemos visto en Barcelona un regimiento negarse á ser embarcado para Marruecos. Hubo que regresar al cuartel. Generalizad, y la guerra habrá concluido.

Porque los proletarios estarán en contacto internacional siempre más íntimo, y cuando los gobiernos se declaren la guerra, los soldados se declararán la paz. Los mariscales tendrán que batirse solos, lo cual no será grave para los intereses de la civilización.

Rafael BARRETT.

Itá-Ibaté, Agosto 18 de 1909.

(Para la REVISTA SOCIALISTA INTERNACIONAL)

PROGRAMA DEL PARTIDO SOCIALISTA ⁽¹⁾

La autonomía municipal es otra de sus aspiraciones inmediatas. Y no es ésta de las que menos pueden interesar al partido: los municipios autónomos pueden realizar muchas reformas beneficiosas para la clase obrera el día que el socialismo municipal haga camino. Y la reforma de la enseñanza, que quiere laica, gratuita y obligatoria para todos los niños hasta los 14 años, figura también en su programa. Como la instrucción obligatoria sólo puede ser real cuando las familias disponen de los medios económicos para enviar sus hijos a la escuela, quiere el partido socialista argentino que los poderes públicos sostengan a los niños pobres que frecuentan las escuelas. El propósito es realizable allí donde los gobiernos se preocupan seriamente de la educación, porque la consideran como una fuerza democrática y liberal. La Municipalidad de Roubaix realizó la idea hace algunos años creando cantinas para niños pobres; pero ¿cuándo se harán tentativas de esta naturaleza entre nosotros, que en 1903 empleábamos en instruir a los ciudadanos y en distribuir justicia la cantidad de trece millones y medio de pesos, en tanto que dedicábamos para gastos militares un renglón de cuarenta y ocho millones, presupuesto de guerra y marina que hemos aumentado progresivamente hasta llegar al sistema de la paz armada?...

Su reforma del Código Penal quiere la justicia penal por jurados elegidos por el pueblo—todo hombre debe ser juzgado por sus iguales, y los poderes públicos no deben influir, ni siquiera por la elección, en el ánimo de los jueces;—la publicación de los sumarios, porque el secreto es un resto del sistema de justicia inquisitorial impropio de nuestros tiempos; el examen médico de los encausados, en lo que concuerda con las doctrinas científicas de la sociología criminal; y la abolición de la pena de muerte, que rechaza el sentimiento altruista incubado y desarrollado por la civilización moderna. Sus reformas civiles van hasta pedir la igualdad para las personas de ambos sexos, la supresión de las diferencias entre hijos

legítimos é ilegítimos, la ley de divorcio absoluto y la investigación de la maternidad. Ha de ser eficiente en la reforma civil la acción de los juriconsultos socialistas, y el derecho ha de influir poderosamente en la solución de las cuestiones sociales. El pueblo lo hace algunas veces y lo confirma otras con los usos y las costumbres. Cuando en 1889 se presentó al Senado argentino el proyecto de ley de matrimonio civil, alguien lo impugnó invocando los principios de la escuela histórica y sosteniendo que entre nosotros nadie ó muy pocos dejarían de consagrar con la religión los lazos unidos en nombre de la ley: hoy, de seis mil matrimonios, más ó menos, que se contraen en esta ciudad, las dos terceras partes no reciben sanción religiosa. El derecho civil, ha escrito un profundo pensador español, es hoy el derecho de la propiedad y de la usura; en sus páginas es donde ha de hacerse la revolución porque suspiramos. La revolución ha comenzado en la ciencia del derecho civil y aún en ciertas legislaciones novísimas. Menger, que fué ilustre Rector de la Universidad de Viena, ha formulado las bases del derecho socialista; muchos juriconsultos admiten que si no es posible igualar todavía la condición de los hijos naturales con la de los legítimos, es forzoso admitir el aumento de la cuota de aquellos en la partición hereditaria; y el nuevo Código Civil alemán dispone que la mujer puede disponer y administrar, independientemente de su marido, lo que gane con su trabajo ó su industria.

Entre otras reformas de carácter político, quiere el partido socialista la separación de la Iglesia y el Estado, la supresión del presupuesto de la partida destinada para cultos, la de todas las prerrogativas del clero y la devolución al Estado de los bienes que ha cedido al clero; la ciudadanía conferida de hecho a todo extranjero con dos años de residencia, por simple inscripción en el padrón electoral, medida que facilitaría la naturalización de los extranjeros, que todos debemos desear íntimamente; la organización de la milicia ciudadana y la supresión del ejército permanente; la de los tribunales militares, que no conciben con el espíritu nuevo de democratización de la justicia; y en fin, la abolición de la ley de residencia de los extranjeros, contra la cual inició, al poco tiempo de sancionada, en 1903, una hermosa agitación, celebró un grandioso «meeting» de protesta, en el que tomaron parte no menos de 12.000 ciudadanos, é hizo votos enérgicos por su derogación en las manifestaciones celebradas el

(1) Véase REVISTA SOCIALISTA INTERNACIONAL, tomo II, N° 3, pag. 139.

día primero de Mayo, la fiesta proletaria, por millares de trabajadores en diferentes ciudades de la república.

El programa económico comprende los siguientes puntos: extinción gradual del papel moneda y adopción de medidas tendientes á valorizarlo; derogación de la ley de conversión, que reduce los salarios y encarece la vida; exención de la contribución directa para las casas obreras; abolición de los impuestos que encarecen los consumos del pueblo y de las patentes que gravan las profesiones útiles; impuesto directo y progresivo sobre la renta, progresivo sobre los legados y donaciones entre vivos y supresión de las multas. Quiere también el partido socialista argentino la creación de una oficina nacional de trabajo para que sea posible la estadística y la inspección del trabajo, como existe en casi todas las naciones europeas y en Norte América y no á la manera de nuestro Departamento del Trabajo, la reglamentación del contrato de trabajo, que tanto preocupa á los juristas y á los mismos legisladores de Europa, que autorice la fijación de un salario mínimo y de un horario máximo para todos los trabajadores industriales ó agrícolas, empleados por el Estado, las comunas, las Provincias ó los empresarios de trabajos públicos, y la intervención de los obreros en la redacción de los reglamentos del trabajo; y quiere, en fin, la supresión de todo fomento artificial de la inmigración, inadecuado para conseguir poblar el desierto y aumentar la riqueza pública.

E. DEL VALLE IBERLÚCEA.

(Continuará)



La ley internacional y el obrero ⁽¹⁾

(CONTINUACIÓN)

A este fin respondieron: el congreso de fundidores de hierro, de Alemania, celebrado en 1885; la política desplegada por los socialistas del Parlamento francés en el mismo año; el congreso de Gante; el de la federación suiza del Grütli, en Grentchen y la confederación internacional de oficios de París.

En el congreso de Zurich, reunido en 1897, uno de los presidentes M. Scherrer, hizo importantes declaraciones sobre la acción obrera. «Nosotros dañáramos gravemente la causa que defendemos, dijo, si, con los adversarios de las leyes protectoras, admitiésemos que las solas convenciones internacionales pueden hacer posibles los ulteriores progresos de nuestras legislaciones nacionales».

Estas palabras que definen una situación y aconsejan una táctica de lucha, fueron enérgicamente confirmadas por el congreso que el partido socialista francés, (sección francesa de la Internacional Obrera), celebró en Nancy en 1907 (2).

Merecen, además, ser mencionados el congreso de Bruselas y el congreso socialista internacional de Stuttgart en el que el delegado argentino manifestó decidido partidario de la legislación internacional é hizo importantes declaraciones sobre emigración é inmigración, puntos que nos interesan muy de cerca.

Fuera de los congresos mencionados y de algunos otros que tendieron al mismo fin, una multitud de asociaciones háse formado para defender internacionalmente los derechos obreros. Pueden citarse: la Oficina Socialista Internacional; el Instituto Internacional de Agricultura, en cierto modo, y la Asociación Internacional para la protección legal de los trabajadores.

Los fines de esta última asociación, son, según lo expresa su carta orgánica: proteger internacionalmente á los obreros; organizar una oficina internacional del trabajo; hacer conocer las distintas legislaciones obreras

(1) Véase REVISTA SOCIALISTA INTERNACIONAL, tomo II, No 3, pág. 143.
(2) «La Vanguardia», 1907.

y provocar la reunión de congresos y conferencias tendientes á mejorar la condición económica, moral é intelectual del obrero.

Por otra parte, débese la consolidación de este derecho al desarrollo que en los últimos tiempos ha adquirido el derecho internacional privado. «Con ocasión del problema del trabajo y muy particularmente con motivo de la aplicación de las leyes según los obreros á los extranjeros, muy bien podrían surgir nuevos conflictos legislativos cuya solución sin embargo, era en el día conocida; pues las recientes convenciones de La Haya acerca de numerosos puntos de derecho privado, podían servir de modelo y empleo fácil de imitar» (1).

Finalmente, la acción oficial tomó un honroso desquite del fracaso de Berlín en la conferencia de Berna en la que se trató lo relativo al trabajo nocturno de las mujeres en las fábricas y al empleo del fósforo blanco, cuyos vapores originan una enfermedad que se manifiesta por la caída de los dientes y la carne del maxilar inferior completamente nociva para todo el esqueleto.

Once Estados europeos adhirieron á lo resuelto sobre el uso de este veneno. Austria Hungría y Bélgica, se abstuvieron hasta tanto se decida el Japón, su principal concurrente. Inglaterra, Dinamarca, Suecia y Noruega no consintieron prestando que todo debía reducirse á la inspección de los dientes de los obreros. Sobre el trabajo de las mujeres 13 delegaciones se manifestaron en favor. Dos se abstuvieron.

La acción de los gobiernos no se ha limitado al simple envío de delegaciones á las conferencias y á declaraciones más ó menos declamatorias sino que se ha ido hasta la celebración de tratados que constituyen también una fuente de este nuevo derecho.

SAÚL ALEJANDRO TABORDA.

(1) Raynaud, Derecho Internacional Obrero, pág 30.

(Continuara)



Una vez más la política colonial del capitalismo ha engendrado dolorosos conflictos. En Marruecos, los soldados europeos están en lucha con indígenas.

En España los trabajadores se han insurreccionado contra una guerra cuyas cargas totales caen sobre la parte más pobre de la población.

Desde hace algún tiempo los partidos socialistas habían previsto los peligros de una situación que ha provocado la conflagración presente.

El 24 de Agosto de 1907, el Congreso Internacional de Stuttgart votó por unanimidad una resolución denunciando las empresas marroquíes, de Francia y España, que tienen sus fuentes en las especulaciones financieras del capitalismo, y ha protestado por la práctica constante de la burguesía de hacer que la sangre proletaria se derramara para la realización de sus beneficios.

Ese mismo congreso invitó especialmente á los trabajadores de Francia y de España á iniciar una campaña vigorosa con el objeto de detener las expediciones á Marruecos que han amenazado y pueden aun amenazar á la Europa con los más grandes conflictos.

En cumplimiento de esta moción los Partidos socialistas de Francia y de España organizaron una agitación por mítins, cuyo fin era mantener la paz entre las naciones y los gobiernos de ambos países—gobierno monárquico y gobierno republicano,—contestaron con la expulsión de Francia de nuestro delegado español Pablo Iglesias, haciendo expulsar de España á nuestro delegado francés Alberto Willm.

Desde entonces, no ha transcurrido una semana, sin que los órganos responsables de nuestros Partidos, directamente interesados, no hayan manifestado sus sentimientos. Para no hablar sino de España, se realizaron mítins en todas las ciudades donde el proletariado mantiene el

recuerdo de las desgraciadas guerras de Cuba y Filipinas—en Madrid, en Salamanca, en León, en Santander, en Murcia, en Valencia, en Barcelona, en todas partes.—En sus artículos, en sus discursos, en sus proclamas y principalmente en el manifiesto de 28 de Junio de 1909, firmado por Pablo Iglesias y Mariano García Cortés, han trazado un exacto paralelo entre la política que debió seguirse y la que se ha seguido. En lugar de desarrollar las fuerzas productivas de España encaminándolas a detener la lamantable emigración periódica á que están condenados los proletarios españoles; en lugar de mejorar la instrucción pública en un ambiente que cuenta con el 68% de analfabetos y 50.000 frailes y monjas; en lugar de disminuir las cargas públicas en un país cuyo presupuesto de cultos absorbe más de 50 millones por año y en el que el 60% de las rentas del Estado está destinado al pago de la deuda y de los gastos militares—el gobierno de Maura ha continuado practicando—bajo la égida de la finanza internacional, una política de aventuras tanto más fácil cuanto que es el proletariado quien paga el impuesto en dinero y el único que paga el impuesto de sangre. Pero si la guerra desastrosa de la España contra los Estados Unidos no ha servido de lección al gobierno, los trabajadores, ellos, han rehusado embarcarse en los buques dignos de la escuadra de Roschdjestvensky, y de dejarse agujerear la piel para salvar los dividendos de algunas sociedades mineras. La insurrección ha venido casi espontáneamente; una revuelta de hombres y mujeres, de esposos y esposas, de padres y de madres. Y en ese país de frailes y de monjas parásitos, el furor popular ha tomado un carácter no solamente anticapitalista, sino también, netamente anticlerical.

En medio de esos acontecimientos, nuestros amigos socialistas han cumplido su deber. La Internacional les adeuda un testimonio de simpatía y de gratitud. Ellos han hecho guerra á la guerra, con peligro de sus vidas. Ellos han puesto en ejecución las resoluciones de nuestros Congresos, y á este título, somos solidarios con su acción. Lo proclamamos bien alto, en el momento en que la reacción, recordando la historia de la Comuna, procura por sus noticias tendenciosas y la censura, transformar á las víctimas en criminales y á los criminales en víctimas.

Pero nuestra solidaridad no debe limitarse á expresar en los mitins nuestros sentimientos de protesta contra los verdugos de la clase obrera. Han caído hombres.

Mujeres y niños han sido muertos. Las habitaciones han sido arrasadas por la artillería. Tenemos el deber moral de recordar á las víctimas y de ayudar á nuestros compañeros españoles á ensanchar su movimiento.

Para alcanzar este propósito, os proponemos crear un fondo cuyo producto será trasmitido al Partido Socialista Obrero de España, que utilizará ese dinero en el mejor modo para la causa. Hace algún tiempo nuestros amigos de Madrid decidieron lanzar un diario para asegurar mejor la penetración de nuestras ideas. Ya el Partido Obrero Belga, recordando la ayuda pecuniaria que le fuera suministrada en sus comienzos por el Partido Social Demócrata alemán, ha iniciado una lista de subscripción. Esperamos que este ejemplo será imitado.

Podremos así remediar algunas heridas y daremos á los valientes socialistas de España los elementos de combate necesarios para reforzar aún más su acción contra el capitalismo.

EL COMITE EJECUTIVO DE LA OFICINA SOCIALISTA INTERNACIONAL:—Eduardo Anseele, L. Furnemont, Emilio Vandervelde.—Secretario: Camilo Huysmans.





CIENCIA Y EDUCACION

Universidad obrera de La Plata

El presidente de la Universidad Nacional de La Plata, ha dirigido la siguiente nota á esta popular sociedad de educación constituida por estudiantes.—«La Plata, Septiembre 6 de 1909.—Señor Director de la Universidad Obrera, don Saul Alejandro Taborda: Tengo el agrado de contestar su atenta nota de Vd. por la que se sirve comunicarme que estudiantes universitarios de esta ciudad han constituido la Universidad Obrera, bajo su digna dirección, con el objeto principal de divulgar conocimientos científicos en la clase trabajadora, por medio de conferencias periódicas, cooperando en esa forma en la labor que realizan las Universidades Nacionales.

Esta presidencia, considera que, en efecto, la Universidad Obrera constituida por los estudiantes universitarios de La Plata, puede cooperar eficazmente en la obra que realizan las Universidades de la República y particularmente esta Universidad, en lo que se refiere á extensión universitaria, pues uno de los fines de esta Institución es llevar hacia el pueblo en forma de vulgarización científica y de enseñanza directa, cuando sea posible organizarla debidamente, los conocimientos enseñados y difundidos por sus Facultades en las aulas y por sus Institutos en sus obras y trabajos científicos.

En ese concepto, esta Presidencia prestará á la Universidad Obrera, dentro de sus medios, todo el concurso que Vd. por la misma nota solicita y que le sea necesario para cumplir sus propósitos, á cuyo efecto les será grato á sus autoridades recibir las indicaciones del caso cuando las creyese oportunas, para ponerse de acuerdo sobre la forma de realizar el pensamiento principal que informa la interesante Institución que Vd. preside.

Saludo á Vd. con mi consideración mas distinguida.
—J. V. González — E. Del Valle Ibarlucea, secretario general.

Rector Socialista

J. H. Raymoud, eminente socialista de Chicago,—dice «The New York Evening Call»,—conocido por sus notables estudios económicos ha sido electo Presidente de la Universidad de Toledo, nueva institución establecida en Ohio.

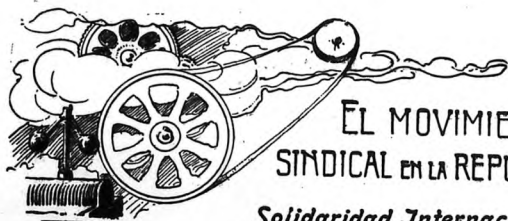
El profesor Raymond es un maestro bien conocido. Su esposa, que será profesora de la nueva universidad, es miembro de la de Chicago, como lo era el mismo. Se graduó en 1892 de maestro en artes y recibió el grado de doctor en filosofía en la Universidad de Virginia Oeste en 1901.

Sociedad Luz

El 12 del corriente mes, dió el profesor Don Rafael Altamira, patrocinado por esta sociedad popular de educación, una notabilísima conferencia sobre «lo que debe saber un obrero». Hizo una magistral exposición, con el lenguaje sencillo y claro que le caracteriza, de la obra que debe realizar la extensión universitaria para capacitar á la clase trabajadora en la lucha por su mejoramiento económico y su desarrollo intelectual. La «extensión», dijo, no tiene por misión instruir al obrero, porque para eso está la escuela primaria, sino educarlo, darle una cultura general, elevar su nivel intelectual, ya que si es trabajador en la fábrica, es ante todo un hombre, con aspiraciones é ideales.

El numeroso público, compuesto en su inmensa mayoría de obreros, que llenaba el salón «La Argentina», interrumpió á menudo al eminente maestro con grandes aplausos y al concluir lo saludó con una larga ovación.





EL MOVIMIENTO SINDICAL EN LA REPUBLICA

Solidaridad Internacional

Pocas son las novedades que, durante los últimos treinta días, se han producido en el campo obrero gremial.

Sin embargo, la reciente agitación del pueblo trabajador de España ha repercutido en este país, avivando las simpatías del proletariado argentino.

Aquella bárbara represión del gobierno que preside Antonio Maura, ha extendido su eco doloroso por toda la tierra, arrancando un gesto de indignación y actos de solidaridad para con las numerosas víctimas del régimen capitalista y gobernante de España. Una guerra ignominiosa é injusta, campaña de rapiña basada en la expansión y explotación de capitales extranjeros ha transportado á los campos marroquies miles y miles de hombres de labor, quienes ajenos á los intereses de aquel puñado de potentados, han tenido que hacer abandono del trabajo fecundo, del hogar tranquilo, de la paz permanente de una vida civilizada aunque no tan cómoda como debiera ser, para empeñar sangrienta lucha fratricida contra los moros dueños legítimos de las tierras que el invasor capitalista, sin más derecho que su oro ni más razones que sus cañones, trata de quitarle, matándole, arrojándole, despojándole de lo único que talvez le proporcionaba el sustento para la vida.

Barcelona, la ciudad industrial de la península, la que mayor número de obreros alberga, ha sido testigo del sentimiento antiguerrero de la clase que fecundiza y labora el porvenir social.

Sería obvio en esta ocasión, repetir la ironía de aquellas luctuosas jornadas, narrar los sucesos que ensangrentaron las calles de la ciudad catalana y enlutaron hogares y arrasaron edificios, conventos, palacios ó provocaron incendios, voladuras de puentes y otras tantas «débacles», propias del estallido espasmódico de un pueblo que, acochado en su misma casa, se le exige marche á la guerra, á la masacre capitalista en defensa de ideales que son retrógrados, en amparo de una libertad que forja cadenas y en nombre de un mito cuyo simbolismo desapa-

rece con el incesante acrecentamiento de la fuerza y del derecho internacional.

Y ese hecho histórico del proletariado español sacudió los corazones obreros de nuestro país. Artículos, mítins, conferencias, manifestaron las simpatías que les inspiraban aquellos mártires de la furia guerrera del gobierno católico de España.

Pero una parte de la clase trabajadora organizada, siente la necesidad de una acción más práctica, de una solidaridad más eficaz hacia los obreros españoles asesinados á mansalva dentro y fuera de su país.

La Unión General de Trabajadores de la República Argentina convoca á los delegados de las sociedades adheridas para discutir y cambiar ideas respecto á la forma en que se ha de proceder á prestar solidaridad á los obreros rebeldes de España.

Reunido el consejo nacional de la institución mencionada con los delegados de otras sociedades obreras no pertenecientes á la federación militante, se discutió apasionadamente el medio y la forma de aplicar la solidaridad.

Los delegados de la Federación Gráfica Bonaerense, Asociación de Sombrereros, Pintores y Constructores de Carruajes de la capital, presentaron la siguiente moción, que fué aceptada por las delegaciones restante.

Dice así:

«Los delegados de las sociedades gremiales reunidas acuerdan: designar una comisión compuesta por cinco delegados, á objeto de intensificar y desenvolver la propaganda en favor de los obreros de España, sublevados para impedir la guerra de conquista y en contra de la burguesía española en presencia de esa guerra destinada á aumentar el provecho de un preñado de grandes capitalistas.

«Las funciones de esta comisión se circunscribirán á realizar todos los trabajos que crea pertinentes para lograr el objeto solidario con que se crea; prestigiar una poderosa agitación «destinada á determinar la cesación de la guerra y á obtener la libertad de los presos por las últimas manifestaciones de protesta contra la guerra».

«Esta comisión tendrá representantes de la U. G. de T. y de la F. O. R. A.»

Componen dicha comisión los delegados de la sociedad Sombrereros, Sindicatos de Mozos, Constructores de Carruajes, Constructores de Carros, Pintores y un delegado de las instituciones arriba mencionadas.

Días después el comité nombrado, para iniciar los trabajos, adoptaba la siguiente resolución:

«El comité constituido por las sociedades gremiales, en la reunión celebrada el 14 del corriente, á invitación de la U. G. de Trabajadores, y en la reunión de éste, efectuada el 17, acordó llevar á cabo una vigorosa agitación en contra de la guerra hispano-marroquí, y por la libertad de los presos caídos en las garras de la monarquía española, á consecuencia del último acontecimiento revolucionario, producido en Barcelona por el proletariado organizado, á la vez que comunicar al proletariado universal constituido en sus correspondientes organizaciones nacionales, la idea de realizar una agitación contra la burguesía española, provocando, si es posible, internacionalmente un boicott á todos los productos procedente de España.

«También se acordó enviar una nota á todas las organizaciones de esta región á fin de que contribuyan pecuniariamente para realizar actos públicos en favor de los presos de España y contra la guerra burguesa.

De manera, pues, que tenemos en perspectiva, sino caduca por falta de una orientación más práctica, la poderosa agitación llamada á demostrar el sacrificio, la injusticia, el hondo mal que para la clase obrera de cualquier país significa el estallido y la continuación de una guerra capitalista, pero que por mucho que sea el esfuerzo colectivo de los obreros organizados, estamos seguros no conseguirán que el gobierno español se incline por la cesación de la guerra que sostiene en Marruecos.

Y es muy natural que así suceda. Es sacar la cuestión de su centro de gravedad para trasladarla á un punto que en la emergencia no juega sino un papel moral de alto significado y nada más.

¿Qué clase de agitación deberá realizar el proletariado argentino, para que el gobierno de España, pacte la paz con el sultán de Marruecos?

¿Qué poderosa agitación deberá iniciar el pueblo obrero de este país que, atemorizando al gobierno argentino lo obligue á poner en actividad su diplomacia con el objeto de invitar ó exigir del gobierno de España la inmediata cesación de la guerra marroquí?

Nos parece demasiado utópica la declaración que comentamos.

Presentarla como la finalidad de la agitación á iniciarse es desperdiciar lamentablemente energías y es-

fuerzos preciosos, que debieran utilizarse en cosas más prácticas é indispensables, en este momento de crisis para la organización gremial argentina.

Pero, los hechos con su lógica de hierro, serán los que vendrán á darnos la razón.

Por hoy, solo deseamos ver aplicada la valiente resolución para confirmarnos en nuestra teoría, es decir, en la teoría sacada de los acontecimientos y no esperar que estos dependan de aquella.

Laminadores

Hace más de dos meses que doscientos obreros laminadores del establecimiento La Cantábrica, vienen luchando contra las resoluciones adoptadas por la gerencia del mismo.

Estos huelguistas, que han exteriorizado tener sentimientos de solidaridad, peticionan la destitución de un contraatastre por su conducta abusiva y por la inutilidad del cargo que desempeña. También exigen la reposición de dos obreros destituidos á instancias del contraatastre repudiado.

La huelga se ha circunscripto á la sección laminadores. La Cantábrica es un poderoso establecimiento mecánico que ocupa un numeroso personal, el que trabaja dividido en tres turnos una buena parte del año.

El movimiento de los laminadores acarrea indudablemente ingentes perjuicios á la empresa, pues los hornos se han apagado y la producción ha mermado en buena cantidad.

Sin embargo, parece que la gerencia ha planteado ante el directorio, «su principio de autoridad desconocido por los obreros en huelga» y éstos, están resueltos por su parte á limitar ese principio, reduciéndolo á sus funciones precisas dentro de la producción industrial, á que se someten.

La dificultad del arreglo, pues, depende de la cuestión moral, más que del peligro de un desembolso capitalista.

De ahí lo simpático de la lucha y la admiración que nos merece el movimiento que durante sesenta días ha sabido defenderse de la coacción patronal combinada con la persecución de la policía, manteniendo intacta la coherencia que da fuerzas y energías para perseverar en la resistencia.

No es difícil que el conflicto termine con el triunfo de los doscientos abnegados huelguistas. Así lo esperamos.

La casa del pueblo de Junín.

Una obra sencilla en apariencia, pero grande por muchos conceptos, han realizado los trabajadores de la localidad de Junín (Provincia de Buenos Aires).

El 29 de Agosto se inauguró el edificio que sirve de sede a las sociedades obreras, Centro Social Democrático, Biblioteca y Cooperativa de Consumos.

El acto ha sido de una significación que podríamos llamar histórica en los anales del movimiento obrero argentino. Engloba en sí la solidaridad y la constancia de un núcleo de hombres de trabajo que, entendiendo inteligente y prácticamente la lucha que se desarrolla contra el capitalismo, en sus múltiples manifestaciones han sabido aunar sus fuerzas en la consecución de altos ideales de fraternidad y de comunista.

Y vaya si implica una efectiva conquista, el poseer una casa amplia y cómoda que será centro y eje de la futura actividad gremial y socialista de Junín!

La independencia económica de estos trabajadores, ha dado un paso enorme con el acontecimiento que enunciamos.

La primera casa propia que los trabajadores poseerán en Junín, es una enseñanza y un reproche a la vez, para los miles de obreros que en Buenos Aires viven en eterna discordia ó no prestan su apoyo moral y material al engrandecimiento sindical y socialista.

Mientras aquel pequeño núcleo de proletarios lleva a feliz término una obra que requiere gigantescos esfuerzos, aquí, en el foco de la actividad obrera, los organismos gremiales se empequeñecen, se quiebran, no quedando sino la sombra de lo que fueron en sus primeros días de fundación.

Talvez, la táctica, el método, y la forma de encarar los detalles de la lucha, y de la vida societaria, merezcan estudiarse para que, al compararlos, resalte la diferencia y surjan conclusiones que nos permitan copiarlas para que practicándolas seamos capaces algún día de elevar los nuevos de la gran lava del Pueblo de los trabajadores de Buenos Aires.

Bien, pues, por aquellos proletarios que desde un rincón de la provincia de Buenos Aires, iluminan con su progreso colectivo a los compañeros de la capital federal, incitándolos a imitar su ejemplo en beneficio de la propia emancipación.

Luis N. GRUNER.